

DON AMECHE
MARY MARTIN

Editorial **ARAS**

W

EDICIONES BIBLIOTECA

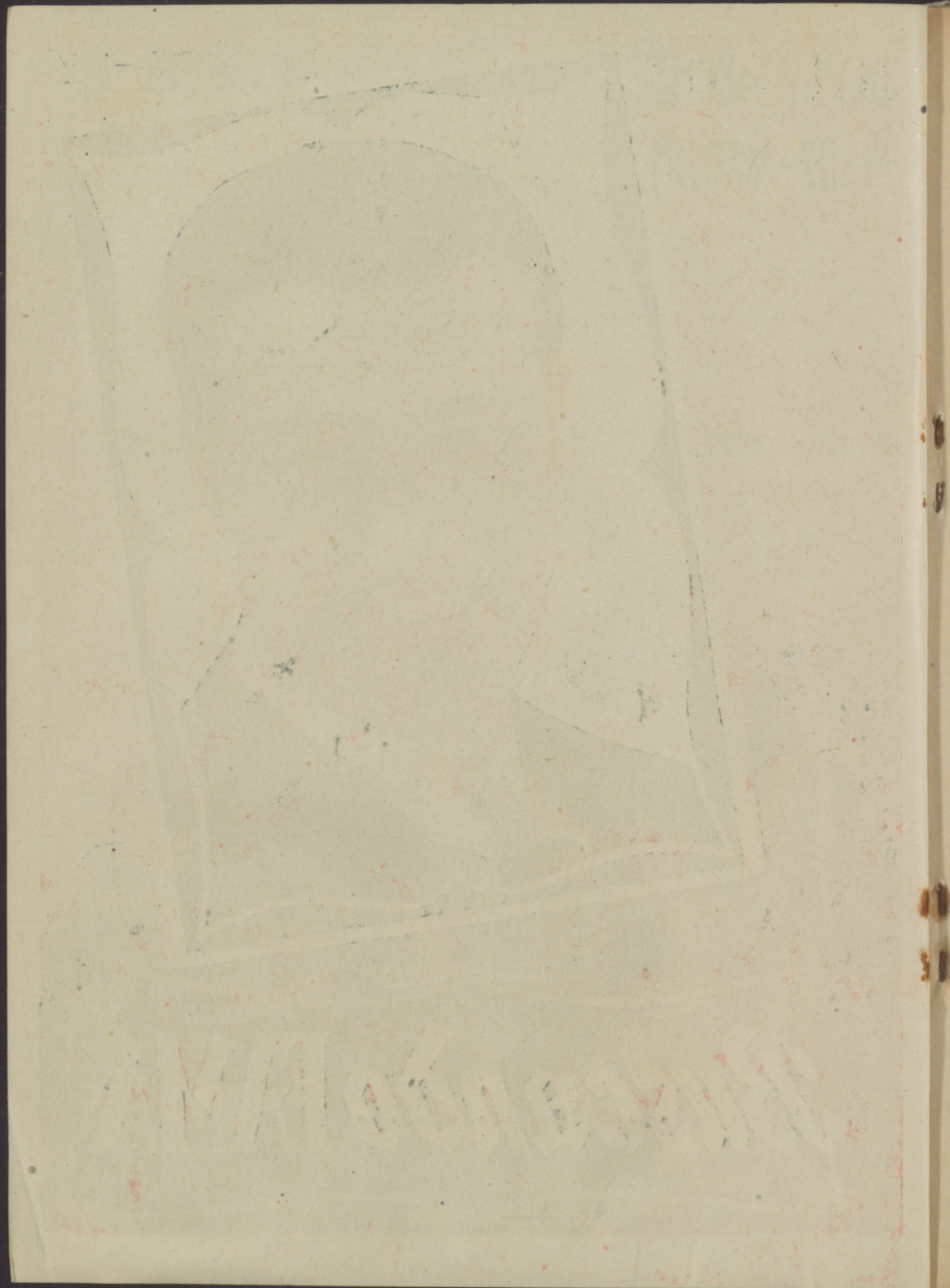
— FILMS —

Serie ★ Alfa

2



Buscando FAMA





BUSCANDO
F A M A

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Apartado Correo 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16, Barcelona-Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 43

NUM. 308

BUSCANDO FAMA

TODO ser humano tiene en su vida una máxima aspiración, mas no todos la consiguen. Unos hay que en los primeros tropiezos o contrariedades abandonan la lucha que iniciaron para lograrla; otros, en cambio, más tenaces o más optimistas, no vacilan ante las primeras adversidades y prosiguen cada vez con más aliento su camino. Este es el caso de BUSCANDO FAMA. Una humilde corista no se deja abatir porque la suerte se le vuelve de espaldas. Ella es fuerte de voluntad y quiere salir victoriosa, aun a costa de los mayores sacrificios. La fama que tanto buscaba llega un día, envuelta precisamente en el amor.

Adaptación cinematográfica de Harry Tugend y Dwight Taylor
Basada en una obra de Clare Boothe

DISTRIBUIDORA
CINEMATOGRAFICA

BALLESTEROS

CENTRAL: García de Paredes, 53 - Teléfono 46460 - MADRID

SUCURSALES: MADRID.—Mesonero Romanos, 2
BARCELONA.—Avenida José Antonio, 620
BILBAO.—Alameda de Recalde, 29
CORUÑA.—Ramón de la Sagra, 9
SEVILLA.—Tetuán, 25
VALENCIA.—San Vicente, 57

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>Lloyd Lloyd</i>	DON AMECHE
<i>Cindy Lou Bethany</i> .	MARY MARTIN
<i>Dick Rayburn</i> . . .	Oscar Levant
<i>Gwen Abbott</i> . . .	Virginia Dale
<i>Myra Stanhope</i> . . .	Bárbara Allen
<i>Top Rumson</i>	Raymond Walburn
<i>Aunt Lily Lou</i> . . .	Elizabeth Patterson
<i>Bert Fisher</i>	Jerome Cowan
<i>Polly</i>	Connie Boswell

Dirección:

Víctor Schertzinger

Ingenieros de sonido:

**Earl Hayman y
Richard Olson**

Música de

Víctor Schertzinger

Octubre 1943

BUSCANDO FAMA

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

UNA OPORTUNIDAD

NUEVA York, ciudad famosa por sus innumerables rascacielos, donde la vida tiene siempre una inquietud audaz y famosa, impulsada en su loca carrera, y donde el ali-ciente de vivir no tiene otras miras que lograr fama... y amor.

En un reducido cuarto perdido en uno de sus grandes edificios, aunque de aspecto acogedor, adornado, además de los encantos naturales de feminidad que imprime la mujer, por todos los bártulos propios de comedor, dormitorio y cocina, pues en él se condensaba la mayor parte de la casa, se oía la voz fresca y juvenil de Cindy. Cindy era una de tantas muchachas que, atraídas por el imán de la gran ciudad, acuden a

ella en busca de la fortuna o de la fama, máxima aspiración de su vida.

Cindy estaba duchándose, y su voz agradable mezclaba las notas armoniosas con el monótono, pero acompasado ruido de la ducha, abierta a toda fuerza.

Gween, la compañera de cuarto de Cindy y amiga inseparable, preparaba el desayuno. De pronto se volvió hacia el cuarto donde estaba su amiga cantando y le gritó:

—¡Cindy, cállate!

—¿Decías algo?—interrogó Cindy entre el ruido del agua.

—Sí, decía que te callaras.

—Ten un poco de paciencia. Me tengo que aprender esta canción para las once... Preciosa, ¿me quieres traer mi bata?

—¿Has creído que soy tu doncella particular?—y siguió trasteando en una pequeña cocina eléctrica.

—Date prisa, tengo frío—gritó presurosa Cindy.

—Está bien—cedió Gwen, alargándole una bata de baño—. ¡Aquí la tienes!

Salió Cindy del baño. Era una bellísima criatura, toda fragilidad, una cabellera rubia y revuelta, acariciaba sus finísimas mejillas, algo pálidas tal vez, dibujando con más fuerza sus grandes y bellos ojos azules, llenos de candidez e inquietud.

—Algún día, cuando sea famosa, tendré muchas doncellas a mi servicio.

—¡Hum!... No lo creo—replicó Gwen—. Las chicas decentes de conjunto no tienen para permitirse esos lujos.

—De acuerdo; pero yo no me contentaré con ser solamente una chica de conjunto toda mi vida. Algún día seré una estrella famosa.

Y animada por sus propias palabras y dejando correr el pensamiento a lo largo de toda su ilusión, que era debutar como cantante en un gran teatro, Cindy volvió a entonar la canción, mientras que Gwen, más positiva, se comía el desayuno de las dos, pero al llegar a la última tostada, volvió a suplicar:

—Cindy, Cindy... por favor, lle-

vas desde las tres de la tarde de ayer cantando eso...

—No te das cuenta de la importancia que tiene para mí. ¡Es mi oportunidad! El empresario me dijo que si me la sé bien me dará el papel...

Gwen la miró con ironía. Aunque quería de veras a Cindy, no pudo contenerse y le dijo con tristeza:

—Lo mismo me dijeron a mí hace cinco años, y aun sigo de corista.

—Pero este hombre parece que habla en serio. Dice que nada le gusta tanto como descubrir una nueva cantante, y yo no puedo perder esta oportunidad.

Y llena de convencimiento, continuó:

—Mi tía Lily Lou, allá en Magnolia, me suele decir: «Pequeña, si practicas con constancia, ya verás cómo acabas por triunfar».

—Pues procura triunfar pronto—contestó Gwen graciosamente, al propio tiempo que se levantaba.

Las dos amigas, cogidas del brazo, salieron a la calle. Sus afanes son bien distintos. Mientras una va cargada de ilusiones para el futuro, la otra parece pensar más en la realidad del presente.

Es la hora de entrar al trabajo, y por eso la gente va muy de prisa. Un autobús para junto a las dos amigas y suben a él, llegando así

hasta el rascacielos donde tenía su despacho el empresario que las había citado, ofreciéndoles lo que Cindy llamaba «su oportunidad».

El autobús iba lleno hasta los topes de chicas jóvenes que, como ellas, se dirigían a sus respectivos quehaceres.

—¿Tendré suerte esta vez?—dijo Cindy—. ¡Lo que daría por poder triunfar!...

—Necesitas, desde luego, encontrar algo. Llevas más de un año en Nueva York y ni siquiera has conseguido que te dejen pasar a la oficina de un director.

—Pero no me doy por vencida—y sacando la partitura musical que llevaba en su bolso, se puso a canturrear la canción—. Lo siento por ti, Gwen, pero tengo que aprendermela—dijo valientemente Cindy.

Mas fué enorme su sorpresa, al comprobar que gran parte de las chicas que con ellas viajaban, cantaban en alta voz la misma canción, mientras consultaban papeles de música, repitiendo el estribillo a coro:

«Papá, déjame acelerar,
porque mañana es el día de mi boda
y podré triunfar.»

Cindy no salía de su asombro.

—Ya ves que no eres la única...
y no te extrañes, pues te aseguro

que volverás a oírla—le dijo Gwen, que, como veterana del cuadro de coristas de Nueva York, sabía que los directores echaban mano de todas las coristas, sin preocuparse de ninguna clase de sentimentalismo, y, ensayo tras ensayo, escogían a la que más les gustaba.

Subieron a la agencia teatral Robert, que es la que les había citado y ofrecido esta oportunidad, y se hicieron anunciar.

La antesala de espera de esta gran agencia era una sala de formas cubistas, elegantizadas por grandes muebles blancos, en la cual, y llevadas por distintas causas, esperaban ya unas cuantas chicas.

Las dos amigas se sentaron, esperando turno para ser llamadas a presencia del director.

Este era el «hall» del austero despacho del empresario Fisher. Pocos muebles adornaban su oficina, enriquecida por la vista de un hermoso piano de cola, en el cual un pianista, algo indiferente a la música que ejecutaba y a los señores que le oían, arrancaba de sus teclas una canción monótona y pesada. Fisher y el director Lloyd le escuchaban malhumorados.

Lloyd, hombre joven y nervioso, como así lo daba a entender con sus pasos rápidos de un extremo a otro del despacho, impaciente y furioso,

mas sus facciones simpáticas y su porte agradable, daban a entender que este nerviosismo no era sino fruto de una crisis de su trabajo, pero que fuera de esto, debía de ser muy distinto, e incluso, por su buen porte, atractivo para las mujeres.

—¡Basta!—dijo Lloyd.

—A pesar de ser malo—dijo el empresario—, creo que me gustaría si lo tocaras bien. Tócalo más suave.

Raiburn, perito músico de la empresa, volvió a tocar, con más suavidad, la misma melodía.

—Así, así está bien—dijo el empresario Fisher—, y será un éxito si logro encontrar una cantante.

—Podemos empezar con ésas—propuso Raiburn.

—¿Qué ésas?

—Unas cuantas coristas—aclaró Raiburn.

—¿Para probarlas?

—Sí; como tenemos buena música para la próxima revista y Fisher me dijo que no estaría mal discutiésemos una cantante que la supiese interpretar...

Esto lo dijo Raiburn con un tono guasón, dirigiéndose al director Lloyd, el cual tenía interés en que estas canciones fuesen cantadas por una estrella amiga suya llamada Mira Sanhope.

Lloyd tuvo un gesto de contrarie-

dad, mas no obstante llamó a la secretaria.

—Señorita Palmer, que pasen las señoritas que esperan, por orden alfabético.

La secretaria se dirigió al «hall», y después de consultar una lista, llamó:

—¡Señorita Gwen Abbott!

—Gwen, te han llamado—dijo Cindy con alegría a su amiga—. Pero, ¿cómo te vas a arreglar si ni siquiera conoces la letra?

—No te preocupes, yo me sé manejar sola.

Y haciéndole un guiño picaresco, que daba a entender que ya era ducha en estos lances, fué resuelta hacia el despacho del director.

—Buenos días, señores—saludó al entrar, al mismo tiempo que con una rápida mirada pasaba revista al despacho y a los que en él estaban.

—Buenos días, señorita—le contestaron.

Gwen, sin esperar ni pedir explicación alguna, se sentó sobre la mesa del despacho, enseñando intencionadamente sus bonitas piernas, mientras que con la vista interrogaba y esperaba una señal de aprobación hacia la belleza estética de sus lindas piernas, convencida de que este detalle era cosa fundamental para actuar como estrella de una revista.

—Oiga, oiga, no es eso—corrigió Lloyd—. Acérquese al piano que-remos que cante esto—y le ofreció un papel de música.

—Pero no me han mirado las piernas... Son consideradas de primera.

—¿Sabe cantar esto?—interrogó Lloyd, impaciente, señalándole la partitura.

—¿En qué tono?... — preguntó Gwen irónica, sin mirar el papel.

—Eso ya lo buscará usted.

Y dirigiéndose al pianista, le ordenó:

—Toque usted el piano.

—¡Qué canción más bonita!

—aseguró Gwen mirando sonriente

a Lloyd, y desde luego sin empezar a cantar, pues no había aprendido ni el estribillo.

—¡Basta! Se puede usted marchar, señorita, no sirve — le dijo Lloyd, en el colmo de la impaciencia.

Gwen no se molestó lo más mínimo, ya que estaba acostumbrada a estos recibimientos y «despedidas» de las empresas teatrales. Recogió sus guantes y se retiraba airosa cuando, al pasar junto al piano, Rajburn le dijo burlón:

—No quisiera ofenderla, pero sus piernas no valen nada.

—¿No?—exclamó Gwen sin inmutarse—; pues a mí tampoco me gusta usted... Siga tocando su piano.

BUSCANDO EN EL SUR

GWEN salió del despacho de los empresarios y se reunió con su amiga al propio tiempo que el señor Harry, empresario de la revista, pasó ante ellas para dirigirse a un señor de unos cincuenta años, elegantemente vestido, con un clavel en el ojal, que acababa de entrar en el «hall» donde estaban reunidas las coristas. A su paso iba contemplándolas a todas con una sonrisa socarrona de «viejo verde».

Su examen de «medias» fué interrumpido por el saludo amistoso que le dirigió el empresario:

—¿Cómo está usted, señor Rumson?

—Son exquisitas, son preciosas, maravillosas — le contestó, sin res-

ponder al saludo y con su mirada fija en Gwen.

—Sí, vamos... — le interrumpió Harry.

—Ya lo sé, es la hora de repartir los papeles. Hermoso momento el del reparto—dijo Rumson, que aunque socio capitalista de la empresa, sólo le preocupaba por tratarse de una cuestión de faldas.

—Sí, también tenemos que probar la voz.

—¿Las voces? ¡Ah..., sí, sí!—le contestó Rumson, distraído por una sonrisa que en aquel momento le dirigió Gwen, mientras preguntaba a las que le rodeaban:

—¿Quién es ese señor?

—Es Top Rumson, el que pone el

dinero para todos las revistas de Fisher.

—¿Tiene mucho dinero?

—Se lo da todo a las mujeres—le contestó la chica que tenía a su lado.

—¿Todo?

No tuvo tiempo de recibir respuesta, pues el señor Rumson acababa de acercarse a ella y hacía una seña a Fisher dándole a entender que deseaba ver y oír a Gwen.

—Perdón, señor Rumson; esta señorita acaba de salir del despacho. Lo hace muy bien, pero no creo que sirva para esto.

Gwen vió en esta alusión del señor Rumson el cielo abierto, y sin dejar de sonreír al vejete, preguntó a Fisher:

—¿No sirvo para este papel?... Quisiera saber por qué. Haría todo lo posible por corregirme.

—No, no. Yo, personalmente no corregiría nada—dijo Rumson, recorriendo con una mirada de «entendido» la fina y esbelta silueta de Gwen.

—No te metas en esto, Top. ¿Tú qué sabes de repartir papeles?

—Mira, Fisher, ya que pongo el dinero, quiero intervenir un poco... Además, la señorita está muy bien.

—Muchas gracias, señor Rumson dijo Gwen con un mohín de gratitud, adoptando una actitud medio avergonzada, pero provocadora.

—De nada. Me parece que debía usted pasarse por mi oficina, hacia el mediodía, a ver si podemos almorzar juntos—dijo Rumson, completamente preso por el ardid femenino que Gwen empleaba ante él y que, aunque encantador, era más que suficiente para apresar a un hombre como a Top Rumson, tan enamorado de las faldas.

Gwen tardó en contestar, mas el señor Rumson continuó diciendo:

—Quizá, fíjese que digo quizá, la pueda emplear como una de mis secretarias.

—¿Llevo mi cuaderno de notas?—dijo Gwen llena de alegría, al ver la probabilidad de un empleo.

—No es preciso.

—Bueno, estaré allí. Adiós, señor Rumson.

—¿Sabes que esa chica tiene talento, Fisher?—dijo Rumson alejándose.

—¿Para qué?—interrogó el empresario.

—No lo sé, pero tiene talento.

Gwen se volvió hacia Cindy, que había permanecido apartada durante esta entrevista, y le dijo con gran alegría:

—Conseguí un empleo; ahora te contaré.

* * *

—Señorita Cindy Lou Bethavy
—llamó la voz de la secretaria.

Cindy se levantó, interrumpiendo el relato de Gwen, que hablaba sin cesar.

—¡Me llaman!—dijo loca de alegría—. ¿Estoy bien?

—Sí—le aseguró su amiga.

Cogió la música y ya se dirigía al despacho cuando le interrumpió el paso una señorita, que con ademán autoritario y mirada orgullosa que reflejaba una seguridad en sí misma, llena de vanidad estúpida, interrogando a la secretaria con ademán negligente, al mismo tiempo que apartaba a Cindy de la puerta.

—Perdóneme—dijo a la secretaria—; está, ¿verdad?

—Sí, señorita.

Y entró en el despacho sin hacerse anunciar, dejando a Cindy en la puerta.

—¿Quién es ésa?—preguntó Cindy a la secretaria.

—Es Myra Stanhope, la estrella —respondió en voz baja la secretaria, para que no la oyese en el despacho, ya que Myra había dejado la puerta abierta.

Ya en el despacho, Myra se dirigió a Fisher para preguntarle:

—¿Qué hacen esas chicas ahí fuera?

—Probamos las voces.

—Muy bien; si necesitan a al-

guien para cantar el papel principal de esta idiotez, ya pueden empezar a buscar, porque yo lo dejo—dijo Myra encolerizada y ofendida en su amor propio, al mismo tiempo que abandonaba el despacho.

—Pero, ¡Myra, Myra! —gritó Lloyd, saliendo a su encuentro para calmarla.

—Esta música puede haber sido compuesta por la combinación de un pito y una bocina, pero yo del sol sobreagudo, no paso—dijo Myra, haciéndose la interesante.

—Tú te quedas en la sombra, y gracias —dijo burlonamente Rayburn levantándose del piano.

—Vamos, cállate, Oscar.

—Sí, ¿eh?... Pues da la casualidad que conozco a Wagner perfectamente—dijo Myra.

—¿Sí? ¿Cómo está estos días?

—No he venido aquí para que un mequetrefe de los barrios bajos me insulte. Tú no eres ningún Beethoven, por cierto—dijo Myra encolerizada.

—Que te calles, Oscar... Como autor de la revista exijo que tengas más respeto hacia la señorita.

—Como autor de la música, exijo menos respeto y más talento.

—Os estáis portando como críos. Estoy harto de estas escenas, Myra, y da la casualidad de que no sirves para el papel de Marybelle de nin-

gún modo; así lo he visto desde el principio—dijo el empresario, tomando parte en la disputa con un gesto impaciente.

—Pero, escucha, Fisher... Reflexiona un poco. Hemos tenido bastante suerte con Myra—dijo Lloyd, que defendía a la estrella.

—Hace falta más que suerte —sentenció Raiburn.

—Es inútil discutir, no le va el tipo—corroboró el empresario.

—¿Y por qué no?—indagó el director.

—Pues, por esto... Entra Marybelle, una muchacha bonita e inocente del sur...—dijo Fisher, explicando el argumento de la revista.

—No es preciso que sea tan inocente —dijo Lloyd, acentuando su defensa hacia Myra.

—De unos dieciocho a veinte años...—continuó Fisher.

—¿Lo ves? —dijo Raiburn riendo—. ¡Tiene quince de más!

—¡Bert Fisher, rompo mi contrato!—gritó Myra, en el paroxismo del furor.

—Myra, espera un poco... Yo arreglaré esto. Vuelvo en seguida —dijo desesperadamente Lloyd, al ver la tormenta que se avecinaba.

Mas no le dió tiempo a nada. Myra, dando un portazo, se marchó, segura de que la tendrían que suplir que volviese.

—Señorita Palmer —dijo Fisher con alegría a la secretaria—. Myra Stanhope ha roto su contrato; búsqieme a Harry y comuníqueme que quiero hablar con los periodistas.

Lloyd salió corriendo tras Myra, y alcanzándola, le dijo:

—No debías haberte puesto así. Te has perdido el empleo.

—No te preocupes. Mañana me estará pidiendo que vuelva. Y me saldré con la mía respecto a las canciones.

—No estoy tan seguro. Fisher no te tiene gran simpatía..., yo te procuré el contrato...

—¡Conque te lo debo todo a ti!

—No, no me debes nada. Cuando yo empezaba me ayudaste, y quise corresponder. Eso es todo.

—No te preocupes por mí—dijo Myra furiosa—. Si creen que encontrarán a alguien que cante esas cosas, que la busquen.

—Entonces, ¿quieres que les deje buscar, Myra?

—No, Lloyd — contestó Myra, sonriéndole amorosa.

—Está bien. Te prometo que no encontrarán otra. Por mi puesto, tienen que contar con mi aprobación.

—Lloyd, eres muy bueno. Dame un beso.

Lloyd miró a su alrededor. Esta-

ban en el «hall», lleno de visitas; se sonrojó.

—Te veré luego — dijo nervioso.

—Como quieras — le contestó Myra amorosamente.

—Adiós, Myra—zanjó el director.

Volvió a oírse la voz de la secretaria que, obedeciendo órdenes de Fisher, dijo:

—Lo siento, chica; no hay más por hoy.

—Lo siento, Cindy — susurró Gwen al oído de su amiga—. A ver si tienes mejor suerte otra vez...

—No importa; habrá otra revista—dijo Cindy con resignación.

Lloyd, al pasar junto a las muchachas, disgustado, y sin darse cuenta de su presencia, tropezó con ellas.

—¡Podría tener más cuidado! —gritó Cindy.

—Perdóneme; lo siento mucho —se excusó Lloyd, sin mirarla.

—No seas así, es el director—le corrigió Gwen.

—¿El director? Por lo menos podré decir que me codeé con un director...—dijo Cindy, riendo y desenfadada.

—Por algo se empieza. Ya tienes la base del edificio.

Cuando volvió a entrar Lloyd en el despacho, estaba allí Harry, el periodista más famoso de Nueva York.

—Tengo algo bueno para ti — le

dijo Fisher—. Voy a empezar a buscar una nueva estrella para mi revista «Con amor y música». Se trata de un episodio de la guerra civil. Vamos a explorar el sur, hasta encontrar lo que buscamos. Nada de tus bellezas sintéticas del Broadway — dijo, entusiasmado con su idea, dirigiéndose a Lloyd.

—¿Qué esperas encontrar? ¿Otra Scarlet O'Hara?

—Sin limitación alguna, porque esta vez vamos en serio. Tome nota, Harry: Lloyd y Raiburn salen mañana para el sur.

—¿Qué estás diciendo? No le digas que me voy al sur, porque no voy. Te aseguro que no voy—afirmó Lloyd.

—Escribe, Harry — dijo Fisher, sin hacer caso de la negación del director—. Según me lo imagino, será una mezcla de Viven Leign, Diana Durbin y Shirley Temple.

—Eso es poco—dijo Lloyd guason, pero interesándose en la aventura de la busca de una estrella por el sur.

La idea había gustado y el capitalista Top Rumson sonreía complacido.

* * *

Gwen entró en su habitación, donde Cindy la aguardaba.

—¿Qué tal tu nuevo empleo?—le preguntó a su amiga al verla entrar.

—Mírame — exclamó con alegría Gwen.

—¿Te han pagado por adelantado?—dijo Cindy, al ver la ropa nueva y elegante que llevaba puesta su amiga.

—No, pero Rumson me llevó de compras. Quiere que sus secretarias vayan bien vestidas. Tiene veinticinco secretarias particulares—explicó Gwen entusiasmada—, una para cada negocio. Yo estoy en las medias Rumson. Polly en los cosméticos fijos, y debías de ver el colchón de sueño profundo de Rumson...

Cindy la interrumpió:

—Bueno, dime: ¿a quién dieron el papel de «Con amor y música»?

—Hasta ahora, a nadie. Lloyd, el director, sale mañana para el sur en busca de una estrella.

—¿Al sur?

—Sí. A buscar una muchacha típica del sur; algo así como la hija de un coronel retirado, con un acento como el tuyo cuando llegaste aquí. Además, creo que tiene que ser muy inocente, ¿comprendes?... Una niña tonta.

—No creo que haga falta ir al sur para eso.

—Suponen que las del Broadway no tenemos nada de inocentes.

—¿Sabes si el señor Lloyd irá a Georgia?

—Creo que sí. Eso está al sur, ¿no?

—¿Cuándo crees que estará allí?—preguntó Cindy pensativa.

—No lo sé todavía, ¿por qué?

—Es que tengo una idea. No sé si resultará... Quizá sí... si tú me ayudas.

—¿Ayudarte? ¿Cómo?... ¿Adónde vas?

—Al sur, nenita. Ya me parece que estoy allí... Me vuelvo a Dixie, de donde soy. ¿No me oyes el acento, mamita?—dijo Cindy, imitando la dulce y suave voz de los que pertenecen al sur, y sin esperar a más, se puso a sacar la ropa de los armarios, cantando y bailando ante Gwen que se rascaba una oreja con gesto preocupado.

* * *

Nos encontramos en Magnolia, una bellísima comarca del sur, bajo un calor algo molesto pero impregnado de un perfume encantador, mezcla de mil flores de colores y bellezas distintas que rodean la casa campera y señorial en la cual Cindy tenía a sus tíos, que desde su infancia fueron sus padres.

—¡Cindy, preciosa!

—¿Qué, tía Lily?

—Anda, ven aquí. Se te enfriaba el desayuno—le dijo su tía, mientras que, lejos de la vida y la lucha de Nueva York, Cindy, más bella que nunca, recogía unas flores en el jardín.

—Buenos días, tíos.

—¿Cómo estás?—le preguntó la voz lánguida y dulzona de su tío Jeff—. Siéntate aquí, a mi lado. ¿Más correo del norte, pequeña? —le preguntó cariñosamente.

—Sí, tío Jeff, de Gwen. El señor Lloyd ha estado probando en Atlanta, y me horroriza pensar que encuentre alguna cantante antes de llegar aquí—dijo Cindy, que había maquinado un plan fantástico, en el cual Lloyd, por mera casualidad, debía oírla cantar a ella.

—Ojalá la encuentre, y entonces te quedarás quieta aquí con nosotros—dijo severamente su tía Lily Lou—; ya es bastante desgracia que quieras trabajar en el teatro para que encima te vayas al norte.

—Vamos, tía, no empecemos de nuevo—contestó Cindy, con un gracioso mohín y acariciando a su tía—. He estado un año en el norte y no me ha pasado nada.

—Sí, antes hablabas como una señorita—rectificó con disgusto tía Lily—, y ahora tienes un acento yanqui horrible.

Iba a seguir reprochando la con-

ducta de Cindy, cuando entró una criada con un telegrama y dijo con voz cariñosa:

—Un telegrama para la niña Cindy.

—Debe ser de Gwen—dijo contentísima Cindy, abriendo el papel—. Sí, es de ella. Me comunica que el señor Lloyd se dirige a Savannah. Dime, tío Jeff, ¿para aquí ese tren?

—Solamente un minuto—le contestó su tío.

—Tenemos que hacer que se detenga aquí, tío Jeff—dijo Cindy nerviosísima, y dándole un beso, le murmuró al oído—. En ti confío, tío Jeff.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó Lily Lou con enfado—. ¿Llamar a la milicia o hacer que descarrile el tren?

Cindy tuvo casi un sollozo, pero tío Jeff le quitó el enfado, diciéndole:

—No te preocupes, pequeña. Yo te traeré al señor Lloyd. Por cierto, ¿cómo lo reconoceré?

—No es difícil. Es un yanqui—dijo Lily Lou.

—No, tía; los yanquis no se diferencian en nada de los demás.

—¡Tonterías! —exclamó rabiosa su tía Lily—. Siempre que se bautiza a un yanqui, el cura le quita los cuernos y el rabo en la sacristía.

—Pero, Lily, no seas así—le corrigió tío Jeff.

* * *

El expreso volaba sobre los rieles, brillantes bajo la luz de la luna, cruzando las llanuras perfumadas del sur, confundiendo el paisaje que Lloyd miraba pensativo.

—¡Mozo! Mande estos telegramas—ordenó.

—Sí, señor—contestó el sirvien-

te, brillando sus dientes blancos bajo su faz negra, más negra aún por el contraste de su impecable uniforme blanco.

—Y no te vayas a olvidar—le recomendó Lloyd.

—No, señor.

—¿Cuánto tiempo paramos?

—Cinco minutos, señor.

El criado se retiró y Lloyd volvió a la monotonía del paisaje preocupado su pensamiento con promesas lejanas.

M

UNA EMBOSCADA

MYRA Stanhope, Derby Apartments. Nueva York. Adorada, sigo la misma ruta que el general Sherman, pero sufriendo mayores penalidades. Abrazos, Lloyd.»

El ayudante negro del tren, leía en voz alta, sonriendo.

—No los leas, mándalos—le regañó Lloyd.

—No los lee, cuenta las palabras —corrigió Raiburn, sonriente.

Acababa el tren de llegar a la estación de Georgía. El director y el pianista estaban asomados a la ventanilla.

—¿Tendrán en este pueblo el «Times»?—preguntó Raiburn.

—No lo sé; pregúntalo.

Raiburn llamó a un mozo de la estación.

—¿Tienes el «Times» del año pasado? —le preguntó guasonamente.

Esperaba la respuesta, cuando un agente interpelló al mozo:

—Oiga, ¿viene el señor Lloyd en este tren?

—Soy yo—contestó el director desde la ventanilla.

—Tiene un recado en la oficina de Telégrafos que tiene que recoger usted mismo —dijo un segundo agente que llegaba en ese momento.

Lloyd bajó a la estación, y se dirigía a las oficinas de Telégrafos seguido de Raiburn, cuando los dos

agentes se lanzaron sobre ellos y, poniéndoles las esposas, dijeron:

—Quedan detenidos en nombre de la ley. Esténse quietos.

Lloyd y su amigo no salían de su confusión. Quisieron protestar.

—¡A callar! —ordenó el agente—. Tío Bob—le dijo a su compañero—, avise a la central, y dígales que hemos cogido al «niño bonito Floyd».

—¿Niño bonito Floyd? Pero, ¡so idiotas!—dijo Lloyd rabiosísimo—. Yo soy Lloyd, no Floyd... A Floyd le mataron hace años.

—¿Sí? ¿Quién fué?—interrogó el agente incrédulo.

Lloyd, desesperado, trataba de desprenderse de las esposas con una fiera enorme.

—¡Dése prisa, dése prisa, quíteme las esposas! Tengo que seguir en ese tren...

En este momento de la discusión llegó el tío Jeff, que, como ya todos adivinarán, no hacía más que seguir el ardid que había tramado para detener en Georgia al director Lloyd, para satisfacer a su sobrina. Y con mucha tranquilidad, le preguntó a los agentes, mientras los minutos pasaban y el tren silbaba:

—Pero, ¿qué ocurre aquí, muchachos?

—Acabamos de coger al «niño

bonito Floyd», señor Jeff—contestó el agente.

—¿Ese que la policía mató hace años?

—¡Ya se lo decía yo!—dijo Lloyd forcejeando al ver que el tren iba a partir.

—Pero, ¿le mataron?—preguntó con aire bonachón el policía, siguiendo la comedia—. Hace siglos que no leo el periódico.

—Entonces tengo una noticia para ustedes: Colón descubrió América—dijo Raiburn, con su impasibilidad acostumbrada, y que hasta este momento había permanecido quieto sin saber qué hacer ni qué pensar.

—¡Señores viajeros, al tren!... —gritó la voz gangosa del jefe de estación.

—Dése prisa; nos tenemos que ir en ese tren—volvió a gritar Lloyd.

Pero ya era tarde. Entre un ruido infernal y silbidos, el tren había comenzado a andar mientras que los agentes buscaban las llaves de las esposas en todos sus bolsillos. Tío Jeff había conseguido el triunfo.

Agentes y pasajeros quedaron alejados viendo partir al tren. Ya no había remedio. Y Lloyd, aunque furioso, se tuvo que conformar.

Tío Jeff se volvió hacia los dos supuestos agentes.

—Muchachos, muchachos, no hay que equivocarse de esta manera—les dijo bonachón, mientras éstos quitaban las esposas a los dos detenidos, y volviéndose a Lloyd le dijo con cortesía:

—Perdónenme, señores; me llamo Jefferson Davis Bethavy. Les invito a pasar la noche en mi casa «Magnolia Menor».

—No, muchas gracias—agradeció Lloyd—. Tengo que llegar a Savannah... ¿Dónde está el aerodromo más cercano?

—En Savannah, señor.

Lloyd estaba desesperado. Volvió a preguntar:

—¿Y el hotel más próximo?

—En Savannah—contestaron al mismo tiempo tío Jeff y Raiburn, que se había dado cuenta de que aquella estación era un destierro.

Tío Jeff volvió a insistir:

—Me sentiré muy honrado si aceptan ustedes la hospitalidad de «Magnolia Menor» hasta que cojan el tren de la mañana.

—Es usted muy amable. No tendremos más remedio que aceptar—agradeció Lloyd, viendo las dificultades que se les presentaban y maldiciendo a los dos agentes culpables de aquel contratiempo, mien-

tras se disculpaban confusos por la lamentable equivocación que habían sufrido.

* * *

—Pasen, señores, están en su casa. Todo es muy sencillo y muy modesto, pero está a su disposición... —invitó tío Jeff al llegar ante su casa.

—Se lo agradezco mucho.

—Si alguna vez va a Nueva York, le daré un pase para el circo—dijo Raiburn, sin perder su impasibilidad y su buen humor.

—Yo creía que la hospitalidad del Sur había desaparecido—dijo Lloyd, para dar un motivo de conversación.

—Eso, señor, es propaganda del norte—replicó Jeff, ofendido.

—No se tienen muchas simpatías—trató de arreglar Raiburn.

—Quizá tenga usted razón—gruñó Jeff—. Pasen ustedes, les ofreceré un cigarro. Debo tener alguno por aquí.

—¿Ese es Lee?—interrogó Lloyd señalando una pintura de un general que vestía uniforme del Sur.

—Sí—contestó Raiburn enterado, sin dar tiempo para contestar al tío Jeff—. Y éste es el general Jackson—dijo, señalando otra figura—.

Debíamos haber traído pasaportes. Estamos rodeados por generales del Sur...

—Bueno, todo eso ya está olvidado. Hubiésemos ganado la guerra si los yanquis no hubiesen jugado sucio—respondió Jeff—, pero no somos rencorosos...—agregó, condescendiente.

—No sabía que a los generales del sur les sobrase tiempo para que los pintasen—siguió atacando Raiburn, a quien la postura de Jeff divertía.

—De ninguna manera—corrigió con orgullo tío Jeff—. El artista los seguía a caballo.

Fueron interrumpidos por la llegada de tía Lily Lou, que preguntó con gesto de manifiesto enfado:

—¿Qué hacen unos yanquis en mi casa?

—Señores, les presento a mi esposa Lily... Permíteme que te presente al señor Lloyd y al señor Raiburn. Estos señores han sufrido una demora en su viaje a Savannah y les he ofrecido hospitalidad.

—Desde luego, si estorbamos...—se excusó Lloyd, que empezaba a encontrar el ambiente del sur hostil.

—De ninguna manera. Haría lo mismo con un perro perdido.

—Eso va por ti—le susurró Lloyd a su amigo, tragando saliva y sin sa-

ber qué actitud tomar en un sitio desconocido.

—Bueno, siéntense y tomen posesión de la casa—agregó Lily Lou, mientras que los dos invitados se lo agradecían con una cortés inclinación.

Lloyd se fué a sentar en un sillón que tenía tras él.

—No, ahí, no—dijo Lily Lou, impidiendo que tomase asiento—. El general Lee se sentó en esa silla...—aseguró con orgullo.

—Comprendo sus sentimientos. Mi abuela tenía muchos recuerdos del general Grant en su casa.

—Serían botellas, ¿verdad?—preguntó despectivamente Lily Lou, al oír el nombre de un general del norte.

Y pidiendo perdón, el hospitalario matrimonio se despidió, dejando a Lloyd y a Raiburn respirar con tranquilidad e inspeccionar la casa.

—Mira, Lloyd—dijo Raiburn señalando un mandolín—. Es un instrumento del siglo XVII—explicó—. Tiene cinco patas y una dentadura falsa completa. Es muy bueno para gavotas y minuetos.

—Bueno estoy yo ahora para minuetos y gavotas.

—Escucha... suena... Más no se le puede pedir—comprobó Raiburn, tocando las cuerdas.

Estaban en estos comentarios,

cuando por la puerta principal que daba al jardín de la bella finca Magnolia Menor apareció Cindy, vestida con un traje de época que formaba, como es natural, parte del plan que se había trazado para conseguir que Lloyd se fijara en ella. Fingiendo no saber nada de su presencia allí, les dijo con voz cándida e ingenua, procurando acentuar la dulzura propia del país:

—Perdónenme, no tenía idea de que hubiese alguien en casa...

Lloyd y Raiburn no contestaron nada, sorprendidos ante una chica vestida como un siglo atrás y también cohibidos ante su indiscutible belleza.

—Me llamo Cindy Lou Bethavy.

Y viendo que permanecían mudos, volvió a repetir:

—Digo que me llamo Cindy Lou Bethavy...

—Mil perdones. Creí que era usted una bella aparición — trató de arreglar Raiburn para romper aquel hielo.

—Me llamo Lloyd; éste—dijo, señalando a su amigo—, es Raiburn, el compositor.

—¿El compositor?

—El mismo—corroboró Raiburn cuadrándose sonriente.

—¡Qué agradable sorpresa!... Y, ¿tiene usted también algo que ver con el teatro, señor Lloyd?—pre-

guntó ingenuamente, al mismo tiempo que le invitaba a sentarse.

—De cierta forma. Soy director. Viajo por el sur buscando una estrella. Quizá... quizá sepa usted algo de ello—le aclaró, fijando en ella una mirada penetrante.

—No sé ni una palabra—mintió Cindy.

—¿No?... — volvió a interrogar Lloyd, que se creía perseguido siempre por cantantes, al mismo tiempo que tomaba asiento en la silla en que poco antes había intentado hacerlo con la intervención enérgica de tía Lily.

—¡No, no!—dijo Cindy muy seria.

—No—corroboró Lloyd, y juntos dijeron:

—El general Lee se sentó en esa silla.

—¿Antes o después de rendirse? —preguntó Raiburn, sonriendo con malicia.

—El general Lee nunca se rindió. Mi tía Lily Lou dice que le entregó su sable al general Grant creyendo que éste era el mayordomo —sentenció Cindy. Y fingiendo curiosidad, preguntó—:

—¿Cómo llegaron ustedes a caer prisioneros en nuestras líneas?

—Ibamos en el tren para Savannah—explicó Lloyd—, cuando me tomaron por un enemigo público.

número uno... ya muerto. Mas ahora estoy satisfecho del incidente. Este es un sitio histórico, maravilloso y romántico... y usted encaja en él perfectamente—dijo, mirándola dulcemente y con algo más que simple galantería.

—Considero eso muy amable por parte de usted —murmuró Cindy, enrojeciéndose—. Especialmente viniendo de un...

Se iba a traicionar, pero su afán de conseguir la fama la llevó por el terreno de la prudencia, iluminándola.

—...Viniendo de uno del norte —arregló con sagacidad—. ¿No quiere usted salir a la terraza, señor Lloyd? Si respira fuerte, percibirá el olor a madreSelva—le aseguró, continuando su comedia.

—Me huele a tormenta—comentó Raiburn para sí mismo, mirando la pareja que se dirigía al jardín, mientras encendía su pipa.

—Me encanta esta hora del atardecer. Alrededor de esta hora suelo cantarle a mi tía Lily Lou. Cuando yo era pequeñita, ella me cantaba para distraerme... y ahora, todas las tardes... le pago en la misma moneda —dijo Cindy melosamente, buscando un motivo para poder cantar ante Lloyd.

—¿Va... va usted a cantar?

—Sí, pero si no quiere oírme...

—No, no, no es eso—se disculpó Lloyd, procurando borrar su falta de galantería, pero con una leve sospecha—. ¡Es que he tenido que escuchar a tantas últimamente!...

—Se podría usted dar una vuelta por el jardín—le propuso Cindy.

—Muy buena idea. Gracias—le contestó Lloyd, que, cansado de músicas y de canciones, huía de ellas como del diablo.

—Pero antes quisiera prevenirles contra nuestros mastines. Son ferocísimos.

—Especialmente con los yanquis, supongo.

—Sí; especialmente con los yanquis—contestó Cindy irónicamente.

—¡Hum!—gruñó Lloyd, mientras se acomodaba en la terraza dispuesto a oír cantar en contra de su voluntad.

Cindy, acompañándose de una guitarra que cogió de una silla cercana, y sin hacer caso del mal humor de Lloyd, empezó a cantar una dulce melodía del sur.

«¿Por qué empieza de nuevo a lucir el arco iris?
aparta la idea de tu mente,
la dulzura es para los otros,
conténtate con tu suerte.
Busca para mí una canción,
y guárdala en el fondo de tu corazón.»

Poco a poco, Lloyd se iba impresionando por la dulzura con que cantaba Cindy, que a su vez, se hacía acompañar por el rumor lejano y armonioso que los negros sirvientes de Magnolia Menor arrancaban

de sus instrumentos, ya advertidos por Cindy de esta estratagema. Pero de pronto, Lloyd frunció el entrecejo al recordar la promesa que en Nueva York había hecho a Myra Stanhope.

DESCUBIERTOS... Y UN TIRO

AL terminar Cindy su canción, Raiburn que había estado pendiente de ella, salió a la terraza y lleno de júbilo se dirigió hacia ella felicitándole.

—Ha estado maravillosa, maravillosa—le dijo con entusiasmo.

—Muchas gracias—le contestó Cindy agradecida.

—Esta es la voz que venimos buscando. No tenemos que ir más lejos—le dijo Raiburn convencido.

—¿Conque eso era una simple serenata a su tía? —preguntó Lloyd viendo que aquello había sido una farsa completamente preparada con instrumentos y coros de negros que habían secundado a Cindy en su canción.

—Es una costumbre del sur, señor.

—Pues si no le importa, cánteselo ahora a su tío—explicó Lloyd furioso—. Muy agradecido... Adiós.

—¡Lloyd!... Oye, espera un momento—trató de calmarle Raiburn, a quien la voz de Cindy le había gustado mucho.

—No soy tan tonto como usted se imagina, señorita Bethavy. Si quería usted cantar para mí, ¿por qué no acudió a la prueba de Atlanta?

—Pero si yo no sé de lo que está usted hablando—trató de seguir fingiendo Cindy.

—Un momento. ¿Me quiere usted hacer creer que todo no ha sido preparado de antemano?

—Un momento, Lloyd, preparado o no, la chica no lo ha hecho mal y tiene una voz preciosa.

—No te metas en esto, Raiburn. No me agrada que me rapten del tren para oír a alguien cantar.

Cindy, animada por la defensa que encontraba en Raiburn, dejó de fingir y se dirigió valientemente al director.

—Pues bien, señor Lloyd. En efecto, lo hice traer aquí para cantar ante usted, y he conseguido que tío Jeff le raptara del tren... però he empleado todo el dinero de que podía disponer para montar ese número de negros y músicos con sus instrumentos, y creo que hasta un... —no pudo continuar porque los sollozos la ahogaban.

—Si supiera boxear te pegaba un puñetazo en las narices—le dijo Raiburn contrariado al ver los sentimientos que habían animado a Cindy.

—Pero no sabes boxear—replicó Lloyd cada vez más encolerizado por por la lucha de sus sentimientos y el recuerdo de su promesa que en aquellos momentos luchaban en su corazón.

—Pero en este momento apareció tío Jeff y Lily Lou, que al ver llorar a su sobrina se puso hecha una furia, tratando de agredir a los dos yanquis, mientras tío Jeff la calma-

ba. Ante esta escena Lloyd insistió con energía y dirigiéndose al pianista le ordenó:

—¡Vámonos, Oscar!

Pero Lily Lou al ver que se iban sin dar más explicaciones y dejando a su sobrina Cindy llorando, se dirigió hacia una escopeta que había sobre la cómoda y llena de rabia fue tras ellos.

Raiburn, asustado, no sabía dónde esconderse, pero Lloyd le dijo despreciativo:

—Vámonos, Oscar, si no está cargada.

Acababa de hacer esta afirmación cuando un estruendo ensordecedor sonó junto a ellos, y un jarrón de china que había junto a Lloyd cayó al suelo hecho mil pedazos. Tía Lily Lou había disparado.

Por suerte no hubo que lamentar desgracias por no tener más cartucho la escopeta. Lloyd y Raiburn, algo pálidos, adelantaron el paso.

—Bueno, ya está bien—dijo Lloyd camino de la estación—, no volveré a pasar de la calle 42.

—A mí no me engañas, Lloyd. Estás reservando ese papel para Myra Stanhope todo el tiempo. Este viaje no ha sido más que un truco y ahora nos volvemos con las manos vacías...

—Pues yo no corro el albur con una aficionada. Es peligroso.

—Sin embargo, esa chica estuvo bien esta tarde. Además me gustaría que cantara sin música.

—Tener que trabajar con tantos tontos... Vámonos al bar. El tren no puede tardar—exclamó Lloyd con desesperación.

Raiburn calló. Tenía preparada su

coartada. Sabía que Cindy servía, y había visto en ella su deseo de triunfar. Dejó al director en el bar tomando un whisky y salió al andén a meditar, más no tuvo tiempo. Sonrió largamente al ver a Cindy que con sus maletas dispuestas estaba allí decidida a seguir al director a toda costa.

CAMINO DE NUEVA YORK

EL tren, quejándose entre sus rieles que le aprisionaban, salió de Magnolia.

Lloyd, sentado en su rincón, permaneció pensativo y taciturno, algo en su buen fondo le decía que había obrado mal con aquella chica de Magnolia Menor, pero su palabra empeñada como ya sabemos a Myra Stanhope le obligaba a ser una realidad de la farsa que le llevaba a buscar una estrella por el sur.

Pero la belleza ingenua, cándida y pura de Cindy había hecho una herida en su corazón.

Más venció pronto aquella debilidad de sus sentimientos dejándose llevar por su carácter enérgico. Vió con disgusto que un mozo colocaba las maletas de Cindy en su mismo

departamento, siguiendo instrucciones de Raiburn, que, seguro del valor de su voz, había decidido llevarla a Nueva York y había esperado a que saliese el tren de la estación para presentarla, queriendo vencer con esto la resistencia del director.

—¡Traidor, músico callejero de mala muerte!—gritó Lloyd con una rabia contenida cuando salió el mozo y comprobó la mirada de inteligencia que se cruzaban Cindy y el pianista.

Pero ante la realidad volvió a caer en su asiento abatido, pensando en el caso que se le presentaba y sin decir una palabra, mientras que su corazón y su palabra empeñada sostenían un duro combate.

Cindy quiso hacer algo por animar aquel ambiente, en el cual nin-

guno de los tres viajeros se cruzaban la palabra.

—Perdonen—les dijo con simpatía—. Confieso que en la vida he visto una pareja de idiotas como ustedes. No se han dirigido la palabra en toda la mañana, y eso que yo he procurado suavizar la situación y alegrarles la vida un poco—sentenció Cindy, que, acompañada de su guitarra, se había pasado toda la mañana cantando sin que Lloyd la mirara ni por curiosidad.

—Mi tía Lily Lou siempre dice...

—Si oigo una palabra más de lo que su tía Lily Lou decía cojo el primer tren de vuelta a Magnolia y la mato con su propia carabina—gritó Lloyd, a quien aquel nombre le crispaba los nervios haciéndole salir de su mutismo.

—Muy bonito, matar a señoras viejas...

—No lo tome en serio, Cindy Lou—contestó Raiburn, que empezó también a animarse.

—No le hago ni pizca de caso. Estoy tan emocionada con ir a Nueva York y ver esos rascacielos tan grandes.

—Es igual que cualquier otro sitio, solamente que perpendicular.

Y ya entre chanzas de Cindy y Raiburn el tren siguió volando por su camino y les dejó en Nueva York.

No habiendo parado Raiburn en

todo el camino de tratar de convencer a Lloyd de que como cantante o como mujer había que hacer algo por Cindy, que por seguirles valientemente en busca de fama se hallaba lejos de su familia y desamparada por consejo de él.

Lloyd, desesperado, asintió, pero volviéndose a Cindy le explicó:

—Escuche usted, señorita Bethavvy: usted no se va a quedar en Nueva York ni yo la voy a meter en la revista. Donde la voy a meter si no me obedece y se marcha mañana mismo—dijo cediendo un poco ante una mirada de pena de Cindy—es en una caja marcada «Fragil» y mandarla a Magnolia en el primer tren. ¿Está claro?

—El señor Raiburn dijo...

—No me importa lo que dijo el señor Raiburn, yo dirijo la revista y no él. Además, no me gusta tu tipo—le dijo sin atreverse a mirarla.

—Pero si sé que tendría éxito si me diera una oportunidad. He estado ensayando y ensayando y ahora que tengo esta oportunidad me insulta, y me dice que me va a empaquetar para mandarme facturada a Magnolia...

No pudo continuar y rompió en sollozos viendo la obstinación de Lloyd perdiendo valentía al ver demorarse su sueño.

—¡Calle, calle, haga el favor de

no llorar!... Yo veré, veré lo que puedo hacer. ¿Está más contenta? —le preguntó cariñoso, pues aunque la trataba con dureza algo en el interior de su pecho le atraía hacia ella.

—¡Señor Lloyd!—exclamó Cindy llena de alegría y casi abrazándole.

—¡Ojalá hubiera yo dicho eso! —comentó Oscar picaresco.

Tomaron un taxi y con una alegría aparente pero atormentada por la lucha que Lloyd llevaba en juego, se dirigieron a un hotel.

—Con que estamos en Nueva York... Todo me parece un sueño fantástico—murmuró Cindy.

—Pronto despertará. La vida es dura aquí.

—Mire allí... ¿Qué es aquello? —preguntó Cindy al pasar ante una estatua.

—Es la famosa estatua del general Sherman.

—¿Quién es esa señora de enfrente?—volvió a interrogar señalando desde el taxi a la dama que sostenía la brida de la estatua ecuestre del gran general.

—Es la victoria—le aclaró Lloyd. Cindy tuvo un gesto de menosprecio.

—Nadie más que un yanqui dejaría que esa dama fuese a pie.

Llegaron al hotel y subieron a sus

habitaciones entre las exclamaciones pueriles de Cindy, cada vez que veía algún bonito mueble o un motivo de belleza, pues el hotel era suntuoso.

Lloyd se excusó diciendo que tenía que salir a ver al señor Fisher. Mientras que Cindy y Raiburn se instalaban.

Cindy, con entusiasmo, hablaba de Lloyd.

—Leo en sus ojos mejor que en un libro abierto—le aseguraba a Raiburn—. Tiene un corazón mayor que una sandía y no tiene que lo ealen.

Mas Cindy, aunque no mal encaiminada en sus juicios generosos a favor del director se equivocaba algo, pues como mujer dejaba hablar a su corazón tal vez algo enamorado ¿pues qué era si no aquel afecto que sentía hacia él tan repentinamente? No, no era tan repentinamente. Lo quiso desde el primer día que lo vio allá en Magnolia, y Cindy, creyendo o haciendo una realidad de este amor se sintió feliz y con una emoción e inspiración enorme se puso a cantar olvidándose de Raiburn:

Busca para mí una canción
y guárdala en el fondo de tu corazón
sólo una simple canción
puedes hallarla en tus propios de-
[seos

o buscarla en tu corazón.
Compone esta canción
y dichosa cantaré yo.
Ya luce el arco iris
en el fondo de mi amor.

Pero al pensar con razón y como iluminada por su propia canción que Lloyd tenía su palabra empeñada, tal vez con una mujer que amaba, sus lágrimas derramáronse copiosas de sus bellos ojos, terminando su canción en un sollozo.

Raiburn, emocionado, fué a su encuentro.

—Muy bien, chiquilla—dijo con entusiasmo—, pero no debes llorar —le regañó cariñosamente, comprendiendo algo de lo que pasaba por el alma de aquella mujer habiéndose compenetrado con ella al oír su canción que traicionaba su pensamiento. Cindy buscaba fama y había hallado el amor.

—Con una voz como la tuya no tienes que preocuparte —le dijo emocionado— y se me ha ocurrido un plan. ¿Ves cómo soy tu amigo?

Y los dos con sana alegría y un fuerte apretón de manos firmaron aquel plan que hasta ahora sólo conocía Raiburn.

Raiburn se dirigió a la puerta, pasando de aquel momento sentimental a una postura enérgica que po-

cas veces manaba con tal fuerza de él.

—¡Botones!—llamó.

—Diga, señor.

—Súbete un piano y unas botellas de cerveza.

—Pero un...—trató de aclarar el botones algo extrañado de la orden.

—¿No has oído?—le interrumpió—. Quiero un piano y unas botellas de cerveza, pero en seguida.

* * *

Mientras este plan se preparaba, Gwen, en casa de Rumson, ajena a todo esto, comentaba con las demás secretarías de éste.

—Nunca pensé que tuviera que trabajar de esta forma.

Ethel, una de las amigas, contestó:

—Nunca habíamos trabajado tanto hasta la llegada de Myra. Nunca te hubiese pasado esto si Myra Stanhope no hubiese descendido como una bomba sobre Rumson.

En efecto, Myra Stanhope, caprichosa y orgullosa, muy lejos de corresponder a la lealtad con que le correspondía Lloyd, había usado de todos sus encantos durante la ausencia de éste por el sur para conquistar al capitalista Rumson y tener el puesto seguro en la revista teniendo hechizado al viejo Top.

UN ACCIDENTE

EL magnífico automóvil de Top Rumson volaba por la carretera camino de su casa de campo. Lo conducía él mismo llevando a su lado a la envidiosa cantante Myra Stanhope, que lo tenía a la sazón acaparado.

—Encantito, tengo que hacer ese papel—le dijo Myra mimosamente.

—No te preocupes, preciosa. Ya me ocuparé yo de eso.

—Pero supongamos que Lloyd ha encontrado alguna belleza del Sur como quiere Fisher...—insistió Myra queriendo asegurarse todos los triunfos.

—Me tiene sin cuidado. Aunque haya encontrado un original de Mona Lisa... Es mío el dinero, y por lo menos me he de divertir yo—le ase-

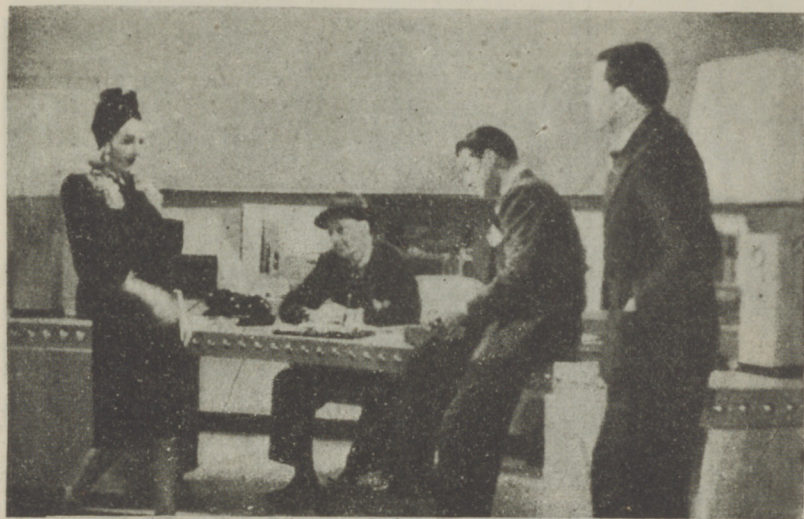
guró Rumson que lo que menos le importaba era el éxito de la revista y con intención de atraerse a Myra.

—¡Qué bueno eres! ¡Bésame!

—Entonces lleva tú el volante...

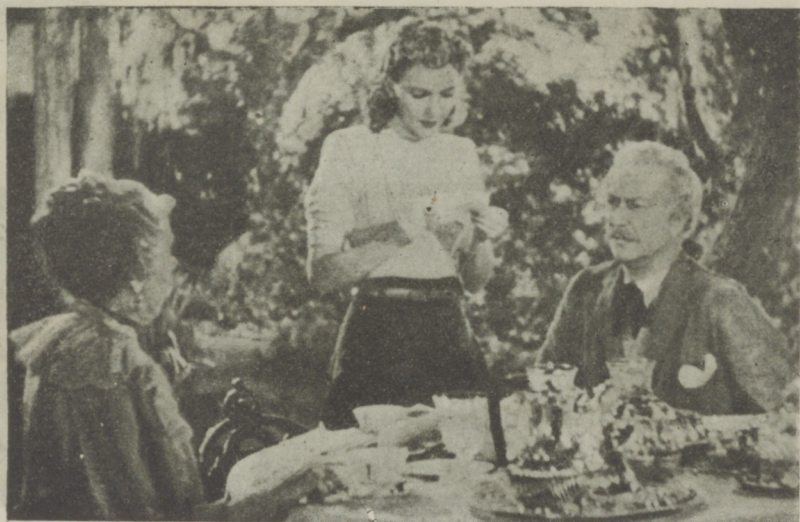
Ya iban a darse el beso cuando quedó interrumpido por un violento choque que dieron con otro coche que venía en dirección contraria. En él viajaban Fisher, su secretario y Lloyd. Afortunadamente el choque no tuvo consecuencia, y afortunadamente también se produjo en la puerta que daba acceso a la famosa finca de Rumson.

El accidente, que podía haber sido de mucha más envergadura se vió atenuado gracias a un rápido viraje de Fisher que conducía, mas el choque no pudo evitar, pero no tuvo importancia.



La «estrella» Myra Stanhope irrumpió en el despacho de los empresarios sin previo aviso.

Camino de Nueva York, Cindy hace lo posible por agradar a Lloyd.



Tío Jeff, Cindy y tía Lily Lou fraguan el plan para traer a Magnolia al director Lloyd.



Myra Stanhope no podía ocultar el malhumor que la aparición de Cindy le había producido,



Aun en contra de su voluntad, Lloyd tuvo que prestar atención a la canción de Cindy.

Cindy piensa en dar una lección a Lloyd, y para eso cantará la canción que ensayó con Rayburn.



Ya en Nueva York, mientras se dirigen al hotel, Lloyd hace las últimas advertencias a Cindy.



—Esa canción que has ensayado con Rayburn no te va. Cantarás esta otra—dijo Lloyd.



—El accidente de auto-
móvil fué aprovechado por
Myra para apuntarse un
tanto a su favor.

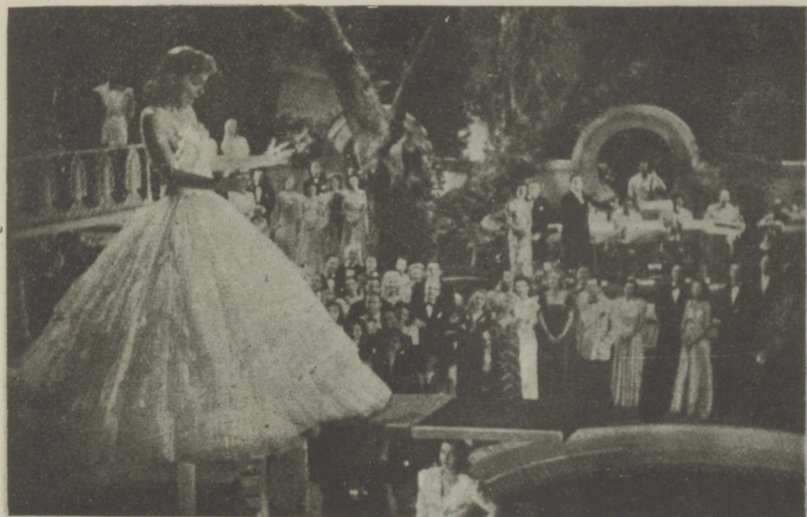
La canción de Cindy es-
taba despertando un gran
interés en los invitados a
la fiesta.



Antes de bajar del coche, Cindy contesta a las innumerables preguntas que le hacen los periodistas.



El negro barman suspendió su trabajo para no perder detalle de la disputa entre Cindy y Myra.



Y ante la extrañeza de todos los invitados, Cindy subió al trampolín para entonar su canción.

Por fin llegó la felicidad que tanto deseaban.



—¡Tía, tía, le has matado!—exclamó Cindy al ver desplomarse a su querido Lloyd.



La llegada de Cindy fué acogida con gran simpatía del capitalista Rumson.

Myra Stanhope, aprovechando este incidente, recurrió al desmayo, adoptando una postura interesante de bella durmiente.

—¿Pero eres tú, Fischer? Ven, ayúdame, Myra se ha desmayado—le apremió Rumson en cuanto se repuso del susto.

—Como siempre, sacando el mayor partido de todo—gruñó Fisher, contemplando a Myra.

—¿Pero cómo puedes pensar... cómo puedes ser tan cruel?—dijo Rumson asustado. Fisher, sin hacer caso se dirigió a los demás—. Cuidado que es pesada.

—¿Sabes, Fisher? —le interrumpió Rumson—. De un golpe así puede venir una conmoción cerebral.

—No puede haber conmoción cerebral donde no hay cerebro.

—Bueno, supongamos que tenía sesos. Además, no me gusta tu actitud... no te olvides...

—Esto lo hace ella muy a menudo—le atajo Fisher, mientras que, ayudado por Lloyd, subía a Myra a casa y la dejaron descansando sobre un sofá.

—Bueno Lloyd, ya estamos de nuevo reunidos y podemos celebrar sesión, hablemos de tu viaje por el sur, de tu bello descubrimiento—le dijo Fisher a Lloyd cuando estuvieron repuestos del accidente—. ¿Dónde está ella? ¿Qué tal es?

—¿Quién? —le preguntó Lloyd asombrado.

—La chica... la esencia de la mujer del sur...—le aclaró Fisher entusiasmado.

—¿De qué estás hablando?

—Vamos, Lloyd, no bromees... Voy para viejo y mis nervios ya no están bien.

—Bert Fisher estás equivocado. No encontré ninguna chica, y, por tanto, no la he traído conmigo.

—¡Adorado!—exclamó Myra que había quedado olvidada, y al oír la afirmación de Lloyd no había podido contener su alegría.

—¡Qué pronto ha mejorado!—se extrañó Rumson.

Fisher, tirándose de los pelos, no prestaba ni tenía atención más que a la rotunda afirmación de Lloyd.

—¿Me quieres decir—le preguntó rabiosísimo—qué has estado haciendo por allí gastándote mi dinero?

—¡Mi dinero!—corrigió Rumson.

—Pero Bert, sé razonable—trató de explicarle Lloyd.

—No me vengas con razonamientos. Ya he avisado a Winchell, Soboll, Sullivan, los fotógrafos de los periódicos. Vienen aquí esta noche para conocer personalmente a la que han estado describiendo—dijo cada vez más rabioso.

—Escucha...—trató de explicar por segunda vez Lloyd.

—Ahora resulta que soy un mentiroso, y has puesto en ridículo a los periódicos que nos han atendido.

Myra Stanhope tomó parte en el desaguisado para decirle orgullosa:

—No puede hablar así a Lloyd. Es el director que me va a dar el papel. Díselo, Lloyd.

—El dinero es mío, y considero a la señorita Stanhope más segura —corroboró Rumson para dar a entender a Lloyd que entre ellos había entendimiento.

—No lo pienses, Rumson. Ella puede llegar a ser una de tus secretarias, pero nunca será le estrella de una revista mía, aunque la tenga que producir con mi propio dinero —aseguró Fisher, sentándose abatido ante aquel fracaso.

En este momento intervino George, secretario, para decirle que le llamaban con urgencia por teléfono. Fisher fué hacia el aparato, con aspecto abatido.

—Diga... Aquí Fisher.

—¡Hola, Fisher, soy Raiburn.

—Eres muy amable llamándome. Espero que no te haya ocasionado molestias—le dijo Fisher en tono altamente agresivo.

—Poco a poco, poco a poco... No te des humos conmigo o me llevo la muchacha a otra parte.

—¿De qué muchacha hablas?

—La muchacha para «Con amor y música»—contestó con naturalidad—. Es la misma personificación del Sur. La tengo a mi lado.

—¿Pero qué dices? Lloyd me acaba de decir...

—Te está tomando el pelo... Te quería dar una sorpresa. No digas que te lo he dicho. Iremos allí esta noche y mientras, buscas a Harry y a todos los periodistas para hacerle un recibimiento grandioso.

—Oye, Raiburn, si me estás engañando te...—balbuceó Fisher, que creía soñar, rebosando de alegría.

—No te engaño. Mira lo que haré. Dejaré que la chica te diga unas palabras por teléfono. No muchas, ¿comprendes? para que puedas apreciar la maravillosa voz que tiene. —Y volviéndose hacia Cindy le invitó a ponerse al teléfono.

—¡Hola, señor Fisher!... ¿Cómo está, amorcito? —preguntó Cindy acentuando el dulce acento del Sur.

—Ante estas palabras que le volvían a la realidad, Fisher manifestó una inmensa alegría, ya que tenía la convicción que todo el feliz resultado de su obra se había venido abajo. Disipado ya su malhumor, Fisher volvió nuevamente al grupo e invitó a todos a beber. Dirigiéndose a Lloyd le dijo irónicamente:

—Creías que ibas a poder enga-

ñarme. Yo tampoco te diré lo que sé... Te traeré algo de beber... ¿Cuba libre o champán?—le dijo con alegría, ante la extrañeza de todos por aquel cambio de actitud y de carácter que no acertaban a comprender.

Y llamando aparte a su secretario le dió órdenes para avisar a la prensa y a los fotógrafos.

A las 7 de la tarde, los invitados al baile que Top Brumson daba aquella noche en su oficina-jardín empezaron a llegar, y entre la concurrencia se veía a varios fotógrafos y periodistas de los avisados por el secretario.

—Algo están tramando aquí y Fisher lo sabe—le dijo Lloyd a Myra extrañado de ver tanta gente de prensa.

—¿Y qué es lo que puede hacer? Le hablaste bien claro esta tarde.

—Y él también. No me gusta la idea de todos estos fotógrafos y periodistas. Los han llamado para algo—le respondió preocupado Lloyd, que sospechaba algo muy lejos de la verdad.

Estaban en estas dudas cuando paró un coche en el jardín y de él bajaron Cindy y Dody. Las dos amigas iban bellísimas con sus suntuosos trajes de noche y pronto la gente formó cola a su alrededor por ser ésta desconocida para todos.

Lloyd se quedó sin habla.

Raiburn, que venía en un coche detrás, actuó de locutor para toda aquella gente allí reunida y ansiosos de saber quiénes podían ser aquellas dos señoritas tan guapas y atractivas.

—La señorita Cindy Lou, la estrella del Sur—presentó.

Hubo un murmullo de expectación, curiosidad y admiración.

Cindy, con una pose de niña ingenua, saludó:

—Muchísimas gracias—dijo con timidez pero con simpatía—. Creí que el Sur tenía fama de ser hospitalario, pero reconozco que esto sobrepasa a todas mis esperanzas. En la vida—dijo con un acento de Sur exagerado—he visto tanta gente importante reunida.

—¡Este Lloyd!... Vaya chiquilla—exclamó Fisher con entusiasmo.

—¡Es preciosa... preciosa!—se limitó a decir Rumson frotándose las manos.

La primera parte de la idea de Dick Raiburn era ya un éxito. Había triunfado.

No en vano Raiburn era un hombre capacitado para dar solución a todo lo que pareciera insoluble.

Pero a fuer de sinceridad débese reconocer que en este caso resultó muy bien apoyado por la decisión

de Cindy, que si en el primer momento había impresionado a todos con su fina belleza, no había de tardar en triunfar plenamente en el instante en que iniciara una de las bellas canciones en cuya interpretación ponía el alma y el chorro de su exquisita y femenil voz...

Raiburn esperaba impaciente el momento en que Cindy se presentara ante el exigente público que

había acudido aquella noche, pues aunque tenía la absoluta seguridad de que no había de faltarle el aplauso, estaba algo temeroso de que cualquier circunstancia ajena impidiera un éxito que sólo podían truncar los imponderables.

Luego sería el mismo público quien se encargaría de situar a la bella joven a la cima de la popularidad más radiante.

UN TRIUNFO DE MUJER

LOS periodistas y fotógrafos giraban todos alrededor de Cindy, y ella se disculpaba con gracia.

Las preguntas que lanzaban unos se atropellaban con las que dirigían los otros sin que nadie pudiera ponerse de acuerdo, dando lugar a lo que ocurre siempre en estos casos, que cada cual hace luego, para su periódico, la información que le parece más oportuna, aunque ésta no se ajuste a la realidad. Los fotógrafos eran los únicos que lograban realmente ofrecer una auténtica información gráfica; claro está que para ello se valían, incluso de la fuerza, para tener al alcance de sus objetivos la graciosa figura de Cindy.

Ante la imposibilidad de poder contestar a las preguntas, tan variadas e imprudentes, que los periodistas hacían, Cindy se excusó graciosamente, diciendo:

—Siempre he sido bastante tímida.

Uno de los fotógrafos, no contento todavía con la cantidad de placas que había hecho a la nueva actriz, preguntó a Cindy:

—Señorita Bethavy, ¿quiere usted volverse un poco más, por favor? —le pedía un fotógrafo.

—¿Está bien así? —preguntaba ingenuamente Cindy—. Mi tía Lily Lou siempre decía que...

Raiburn, viendo que iba a contar una anécdota de su tía, la interrumpió:

—Con su permiso, señorita Bethavy, quiero presentarle al señor Fisher, productor de la revista.

—¿Cómo está usted?—preguntó Fisher, contemplando complacido a Cindy.

—Esta es una sorpresa de lo más agradable. Siempre creí que los productores de Broadway eran gordos y viejos; pero, la verdad, usted es muy bien parecido—comentó Cindy, obsequiándole con una encantadora sonrisa. La que las mujeres saben dedicar cuando tratan de conseguir algo importante para ellas.

Con Fisher había llegado también el capitalista Rumson, con esa risa bonachona tan peculiar en él y que derrochaba a cada momento. Raiburn siguió presentando:

—Y éste es el señor Rumson, el «Angel» — continúa presentando Raiburn.

—Pues su cara no es precisamente de ángel, aunque es mejor así.

—Es deliciosa — comentó entusiasmado Rumson, sin entender las palabras de Cindy.

Un poco más alejados del grupo, Myra y Lloyd comentaban la llegada de Cindy.

Myra hacía uso de la palabra y, dando muestras de visible enfado, profundamente irritada, le decía a Lloyd.

—¿Conque no habías contratado a ninguna muchacha?

Lloyd permanecía anonadado por ver allí a la muchachita del Sur y precisamente para ser la estrella de su revista. El joven ignoraba todos los detalles y motivos que originaban esta gran sorpresa, y por eso, quizá, era mayor su indignación. Él se creía burlado, como realmente era así, aunque sin maligna intención, por su amigo Raiburn y por la propia Cindy. No podía dar ninguna explicación de la presencia de la chica del Sur, y por lo tanto no podía contestar con seguridad a la pregunta irónica de Myra. Ya repuesto de la sorpresa, respondió balbuciente, a su amiga:

—Myra, ya te explicaré. Espera que la coja por mi cuenta.

Los periodistas, siempre ávidos de todo lo que fuese novedad, habían rodeado nuevamente a Cindy y la agobiaban con sus preguntas.

—Dígame, señorita Bethavy, ¿qué le parece Nueva York?

—¿Ha trabajado ya en el teatro?

—¿Qué opina de Roosevelt?— preguntaban todos a la vez.

Así, cada uno iba preguntando a su modo, sin dejar tiempo a que contestara a ninguna. En vista de lo cual y creyendo oportuno dejar descansar a la actriz, Fisher salió en

su ayuda para decir a los periodistas:

—Muchachos, dentro de * unos minutos podréis hacer todas las preguntas que queráis... ahora, ¿queréis dejarnos unos momentos?—suplicó Fisher a los periodistas—. Gracias.

Libre ya de los periodistas, Cindy se dirigió hacia Lloyd que, junto a Myra contemplaba la escena con gran estupefacción y asombro. Durante su diálogo con los periodistas, Cindy se había dado cuenta de que Lloyd y Myra la miraban desde lejos, reflejando en sus rostros toda la extrañeza que les producía su presencia en aquella fiesta y en calidad de homenajeadas. Cindy tampoco había dejado de mirarles, pero no con gesto de mal humor, como Myra y Lloyd, sino con expresión irónica y alegre. De antemano gozaba del enfado de Lloyd y esperaba impaciente poder hablar con él. Por eso agradeció a Fisher con una deliciosa sonrisa la ayuda que le había prestado al separarla de los periodistas y poder, por tanto, ir hacia Lloyd para saludarle.

—Señor Lloyd, Quiero darle las gracias ante todo el mundo por la gran oportunidad que me ha proporcionado usted.

Quizá por la presencia de Myra, a quien ya conocía desde hacía

tiempo, aunque sólo de vista y oídas, Cindy se mostraba a Lloyd extremadamente amable e insinuante. Pero Lloyd, que permanecía serio, sin hacer caso de la simpatía de Cindy, la dijo:

—Aguarde un momento, yo no le he dado...

Raiburn, que se había unido al grupo, atajó a Lloyd para decir:

—No seas modesto. Sabemos que fuiste tú—le atajó Raiburn.

—Has realizado un gran descubrimiento, y te lo agradecemos todos—corroboró Fisher—. Me descubro ante ti.

Y dirigiéndose a los fotógrafos, les comunicó:

—Necesitamos unas fotos de los dos. A ver, muchachos.

Todos acudieron presurosos para hacer la foto pedida. Uno de ellos dijo:

—Señor Lloyd, ¿quiere usted sonreírse un poco?—le pidió un fotógrafo.

—Haz como si fueras muy simpático—le dijo Raiburn con una sonrisa socarrona, viendo su rostro contraído por el mal humor.

La ocurrencia de Raiburn arrancó una carcajada general que no debió hacerle mucha gracia al aludido, a juzgar por la mirada, casi de odio, que le dirigió a su bromista amigo. Un fotógrafo más exigente que los

demás, no contento con tener reunidos al director y a la estrella, pidió:

—Señorita Bethavy, ¿le importaría besar al señor Lloyd?

Interiormente, Lloyd no deseaba otra cosa, a juzgar por la mirada agradecida que dirigió al periodista, pero su orgullo de hombre se impuso exteriormente a esta sensación interior y contestó:

—Déjense de tonterías, ahora. La señorita Bethavy está muy fatigada de su largo viaje—dijo Lloyd, an-

sioso de terminar esa escena y cohibido ante la estupefacción general.

—¿Qué está usted diciendo? Si no estoy nada cansada—dijo Cindy, dispuesta a jugarse el todo por el todo—. ¿Están preparados?

Y sin esperar respuesta, y sin dejar al director tiempo para rehacerse, le dió un beso tímido en la mejilla.

—¡Ya está!—dijo el fotógrafo, que acababa de captar la escena.

ASEDIADA POR LOS PERIODISTAS

Y la escena, que luego aparecería en los periódicos como la cosa más natural y amistosa del mundo, había sido una verdadera lucha interior de sentimientos donde se ponían en juego deseo y orgullo por un lado y coquetería y venganza por otro. Coquetería y venganza por parte de Cindy, ya que la presencia de Myra le impulsaba a ello. Toda mujer coqueta ante un hombre que ya ha caído en la red amorosa de otra mujer, a quien piensa disputárselo porque lo ama, y vengativa cuando llega la ocasión, si anteriormente, por culpa de esa otra mujer, ella ha sufrido desengaños y desilusiones. Por eso, más que por lo que pudiera interesarle el propio Lloyd, Cindy se había mostrado insinuante sin que

su vanidad de mujer se ofendiera ante el desaire que le había hecho Lloyd al tratar de rechazar un beso suyo.

Myra se mordía los labios de indignación y rabia, no sólo porque no podía evitar esta escena que tanto le desagradaba, sino porque, con ese espíritu tan desarrollado en la mujer de adivinar interioridades de los hombres, veía que Lloyd no era del todo indiferente a las insinuaciones de Cindy, aunque él tratara de hacer creer lo contrario.

Los periodistas, ajenos a esta lucha sorda, no abandonaban su presa. Uno de ellos preguntó a Cindy:

—¿Qué sensación siente al convertirse de repente en estrella?

—Lo único que puedo decir es que me siento orgullosa de tener la

oportunidad —dijo sonriéndole a Lloyd—de personificar la esencia de la mujer del Sur.

—¡Bravo! ¡Bravo!—aprobó Rumson, que le parecía encantador todo cuanto hacía y decía la nueva artista.

—¿Puedo escribir eso?—le interrogó un periodista.

—Pues no lo sé... mi tía Lily Lou siempre dice que el nombre de una señorita solamente debe aparecer tres veces en los periódicos: cuando nace, cuando se casa y cuando muere.

Myra, que durante toda la escena había permanecido muda, ahogada quizá por su propia bilis, no quiso dejar pasar por alto esta oportunidad que se le brindaba tan propicia para tratar de zaherir a su rival. Así, con una doble intención en sus palabras, le dijo:

—Muy bien. Así se apunta usted uno y le quedan dos.

—¿Cómo decía usted?—trató de aclarar Cindy, con un gesto que bien podía ser irónico o agresivo.

Lloyd, que ya había adivinado la rivalidad entre las dos mujeres, y queriendo evitar toda violencia entre ellas, cambió la conversación con la excusa de presentarlas.

—Myra: aquí, la señorita Bethavy. Señorita Bethavy: la señorita Stanhope.

Las dos artistas quedáronse mirando retadoramente, tratando de descubrir, a simple vista, el punto flaco por donde poderse atacar más directamente. Cindy parece que lo encontró en seguida y ordenó rápidamente las palabras que había de lanzar al ataque. Sabía que Myra pecaba por un exceso extraordinario de vanidad, que pasaba los límites naturales que en tal sentido se concede a la mujer. Por tal motivo, fingiendo una ingenuidad que estaba muy lejos de sentir, le dijo:

—¿Usted es la famosa actriz? ¿No he visto su retrato en alguna parte?—dijo pensativa Cindy, buscando la revancha.

—¡No me sorprendería! Viene en todos los periódicos—contestó despreciativamente Myra, dándose postín, pero sin darse cuenta de que su rival preparaba la revancha.

—El que yo vi era la propaganda de un colchón—dejó caer suavemente Cindy, mientras que los periodistas tomaban nota de la conversación de las dos artistas.

Las palabras de Cindy provocaron una carcajada general, por lo que la situación se iba haciendo cada vez más violenta. Fisher, adivinando que aquello iba a terminar mal, cogió a Cindy de un brazo, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Quiere la señorita subir a sus...

habitaciones? — preguntó Fisher, mientras se la llevaba del brazo, para evitar una desagradable discusión.

Ya por el camino, Cindy preguntó a Fisher:

—¿Dije alguna inconveniencia? —le preguntó Cindy apurada, al empresario.

—No, no... —contestó Fisher, que se alegraba de la batalla de palabras por lo mal que había salido de ella Myra Stanhope.

—Porque si la hubiese dicho sería capaz de sentarme y llorar hasta encabritarme.*

—¿Encabritarse? —preguntó Fisher sin comprender el sentido de aquella palabra.

—Lo lamentaría, porque cuando me encabrito es fácil enfadarme y entonces suelo embestir al objeto de mi ira en el estómago—aclaró Cindy, volviéndose para mirar con cara de pocas amigas a Myra.

—Muy curioso...—apuntó el empresario algo amoscado y mirando de reojo a su acompañante.

—Lo aprendí de la Tata Dozllen, un ama seca negra—aclaró Cindy—, a ella se lo enseñó una cabra y ella me lo enseñó a mí.

A través de una serie de lujosas habitaciones amuebladas con gusto exquisito, que formaban parte de la gran mansión de verano del capita-

lista Rumson, habían llegado nuestros amigos a las habitaciones destinadas a Cindy.

—Señorita Bethavy: aquí tiene usted sus habitaciones—le indicó Fisher, señalando sus magníficos departamentos.

—Bueno, adiosito, señores. Les veré luego—dijo sonriendo a los invitados.

Cindy se despidió y cerró la puerta tras ella.

Una vez fuera de la presencia de Cindy, Lloyd se dirigió a Raiburn y le dijo con rabia:

—Te voy a estrangular, so granuja.

—A pesar de todo soy tu mejor amigo—le aseguró Raiburn sin tomar a pecho aquella amenaza.

En aquel momento llegaban Fisher y Rumson que, con grandes muestras de simpatía, se dirigieron a Lloyd.

—Es maravillosa, Lloyd —decía Fisher—. Es maravillosa... No me importa si sabe cantar o trabajar. Es estupenda—seguía diciendo con entusiasmo—. ¿Dónde la encontraste?

—A decir verdad, no la encontré—contestó Lloyd, pensativo—. Ella me encontró a mí.

—Comprendo... Un descubrimiento mutuo, ¿eh?

—Sí.

—Lloyd, es fantástico. ¡Qué éxi-

to! ¡Qué exitazo!—repetía Rumson, más por lo que había oído decir a sus invitados que por la opinión que él pudiera formar, puesto que nada entendía.

Y, efectivamente, los invitados coincidían todos en alabar la belleza e ingenuidad de la nueva estrella traída del Sur. Una demostración más de la influencia que puede ejercer la propaganda, lanzada hábilmente, sobre la opinión de la multitud, e incluso de la minoría experta. Podía Cindy haber tratado inútilmente — como sabemos — de conseguir un puesto de simple corista en la misma función que ahora iba a presentarla como gran estrella. Podía pasar totalmente desapercibida por la calle sin que nadie reparara en su belleza o en su aspecto ingenuo. Podía tener una magnífica voz o unas envidiables condiciones de actriz y no ser aceptada por los empresarios porque le faltaba un simple detalle, que aunque simple en realidad, es lo suficiente para entorpecer una carrera artística de gran porvenir. Y este detalle, precisamente, es el que había logrado Cindy por medio de la estratagema que sabemos; la oportunidad de darse a conocer, amparada en padrinos que rodearan su persona en una misteriosa propaganda. Antes de salir a un escenario,

Cindy era ya una consagrada artista de indiscutibles cualidades. Esto es, quizá, lo que pensaría Cindy mientras deshacía el equipaje en su habitación..

Su meditación fué interrumpida por una llamada hecha en la puerta. Esta se abrió y vemos entrar a Gwen, su íntima amiga, que, como podemos recordar, fué empleada por el señor Rumson como una de sus secretarias.

—No salgo de mi asombro. ¿Qué haces aquí?—le preguntó, extrañada.

—Represento una doncella antigua del Sur... ¿Qué te parezco?

—Estás tremenda—le dijo Gwen, abrazándola.

—Tremenda es la palabra. Me encuentro en un acento dulzón del Sur que se me pega por todas partes.

Ambas amigas se sientan. Reflejan en sus rostros la inmensa alegría que les causa el volverse a reunir. Gwen trata de advertir a su amiga:

—Ten cuidado con Myra Stanhope. Cuando esa chica quiere una cosa, suele echar el resto.

—Por lo que he visto de ella, no será mucho—dijo Cindy, enigmática.

Unos golpes dados en la puerta interrumpieron la conversación de las dos amigas. Cindy preguntó en alta voz:

—¿Quién es?

—Soy yo, Lloyd.

Gwen le dijo a su amiga al oído:

—Será mejor que no me vean contigo. Me puedo ir a mi cuarto desde aquí—y señaló una puerta falsa—. Ya me lo contarás todo. Adiós.

—¡Adelante! — consintió Cindy cuando hubo desaparecido su amiga.

Lloyd entró un poco descompuesto y bastante nervioso. Aunque para los demás, que ignoraban la realidad del descubrimiento de Cindy como artista, había quedado a las mil maravillas, personalmente se sentía ofendido porque en su nombre y sin su consentimiento, Raiburn y Cindy habían preparado todo el juego.

—Cuando me toman el pelo quiero saber quién lo hace y para qué lo hace—le dijo furioso y sin darle tiempo a hablar.

—Seyor Lloyd, yo no he querido molestarle. El señor Raiburn dijo...

—Dejemos lo que dijo Raiburn. Es conmigo con quien se está usted metiendo, no con él. ¿Está todo claro, o se lo tengo que dar por escrito?

Cindy se recreó mirando en una actitud entre dolida y malhumorada, pero rápidamente reaccionó y contestó a Lloyd en tono mimoso e interrogante:

—¿Por qué me odia usted tanto?

En esta pregunta, Cindy encerraba todo el amor que iba sintiendo por Lloyd.

—¿Yo? — preguntó Lloyd, reteniendo su actitud amenazadora.

Esta pregunta de Cindy hizo cambiar en Lloyd el estado de su ánimo. Hasta ahora siempre se había mostrado adverso al porvenir artístico de Cindy; le interesaba más la palabra que había dado a Myra y los amores de ésta, pero repentinamente comprendió Lloyd lo alejado que había estado con respecto a la verdadera realidad de Cindy. No había adivinado hasta ese momento que Cindy tenía, además de su humano interés de llegar a la celebridad por el camino del arte, la lógica pretensión de alcanzar la felicidad por la ruta del amor.

—Sí, me odia usted mucho. No desaprovecha oportunidad para herir mis sentimientos; está usted haciendo cuanto puede porque no figure en la revista.

Así contestó Cindy, dejando ya marcados los verdaderos sentimientos que tenía con respecto a Lloyd.

—Pues... no es más... no es más... que... que no creo esté usted preparada todavía. Necesita entrenamiento—dijo Lloyd, acercándose con cariño hacia ella, y sintiendo en ese momento todo lo que

le había hecho sufrir. Pero esto era una sensación interna en Lloyd, que aunque ligeramente la reflejaba en su actitud, no quería mostrársela a Cindy abiertamente.

—¿Qué canción ensayó con Raiburn?—preguntó Lloyd con acento indiferente, pero con un interés ligeramente marcado en sus ojos.

—Aquí, aquí la tengo, y también la guitarra

Pero estos esfuerzos son siempre vanos cuando se está en presencia de una mujer. Siempre en estas lides lleva el hombre las de perder, quizás porque es más noble o porque tiene menos fuerza de voluntad para evitar que los sentimientos íntimos salgan a la superficie. Pero no; la desventaja estriba en que la mujer tiene considerablemente desarrollado el sentido de captación, y nada que pueda interesarles escapa a esta habilidad tan particular en ellas. Por eso, Cindy, que adivinó la verdad interior de Lloyd, contestó llena de alegría al ver que había conseguido interesar a Lloyd

El director cogió la canción, y después de haberla repasado ligeramente, exclamó, refiriéndose a Raiburn:

—¡El muy imbécil!...—comentó Lloyd, refiriéndose a Raiburn—. Usted no puede cantar eso... No le va.

—Pero si lo tenemos practicado.

—Ese número la llevaría derecha a Magnolia otra vez. Va usted a hacer lo que yo le diga.

Y elevando la voz, gritó:

—¡Jonhny!

—¿Qué?—contestó el aludido.

—¿Tienes el número «Nunca dejes que pase un día»?

—Claro que lo tengo. Aquí está.

—dijo sacándolo de entre un montón de papeles que llevaba en la mano.

—Pues empieza a tocarlo... La señorita Bethavy lo va a cantar como su número...

Troter trató de disculparse:

—Raiburn dijo que...—dijo Jonhny al ver que el director trataba de sustituir el número ensayado por este otro.

—¡Al demonio lo que Raiburn dijo!—exclamó indignado Lloyd al ver que todo eran inconvenientes—. Yo te digo que ésta es la que va a cantar para debutar... Te avisaré cuando esté lista.

Y dirigiéndose a Cindy, le dijo:

—Ya que se empeña en cantar, le aconsejo que por lo menos cante algo que esté a tono con usted.

—Pero el señor Raiburn dijo...

—Escuche —dijo Lloyd, rabioso por oír tantas veces el nombre de Raiburn—. Como vuelva usted a nombrarle, le retuerzo el pescuezo con mis propias manos. Elija.

—Bueno, me callaré — contestó Cindy con acento sumiso.

—¿Ensayó usted la otra canción con él?

—Pues... dijo que era demasiado lenta.. pero, señor Lloyd, en cambio, si lo canta usted una vez, lo cantaré yo después—dijo Cindy, animadísima al ver, por la expresión de Lloyd, que éste se interesaba por ella, no ya sólo en el aspecto artístico de la revista, sino con miras personales en donde el amor no andaba lejano.

La situación verdadera entre ambos jóvenes ya estaba suficientemente definida a pesar de que ninguno de los dos quisiera confesar su amor. ¿Podía esto traer malas consecuencias? ¿No es peligroso jugar mucho con estas cosas en donde se pone todo el corazón? Probable-

mente pudiera repetirse aquí lo que tantas veces hemos visto suceder en la vida real, en donde por un orgullo o vanidad mal entendida se malograba la felicidad de dos almas que parecían haber nacido la una para la otra. Hay quien dice que el corazón no debe emplearse para las cosas de los demás; pero que cuando no se puede evitar su intervención, hay que procurar no desengañarlo con juegos peligrosos o postergarle por el orgullo o amor propio. Pero no debemos expresarnos nosotros en estos términos para que no prenda nuestra duda en la mecha de la realidad. Deseamos únicamente que nuestros dos jóvenes y simpáticos amigos sepan rectificar a tiempo su táctica amorosa, a fin de que no les ocurra lo que a tantos otros amantes.

JUGANDOSE EL TODO

LA voz de Cindy sonó suave y armoniosa, penetrando en el corazón del director, emocionándole profundamente.

Era esto algo así como un juego de situaciones en donde los dos jóvenes falseaban la realidad material que allí les tenía para dar una demostración, auténtica también, del goce espiritual que disfrutaban en aquellos momentos. Porque ni Cindy cantó para lograr la aprobación del director de la revista, ni éste escuchaba a la actriz que pretendía lanzar en su próximo espectáculo. No; Cindy cantó amorosamente porque era Lloyd, precisamente quien la escuchaba, y Lloyd ponía toda su atención en oírla, no por dar su aprobación o censura a la artis-

ta, sino por deleitar su alma y arrullarla en la suave y deliciosa voz de su Cindy; su reciente amor.

Una vez que Cindy terminó su canción, Lloyd exclamó sin poderse contener:

—¡Muy bien! — exclamó Lloyd entusiasmado, después de oír cantar a Cindy—. El estribillo otra vez —le aconsejó, viendo en Cindy un descubrimiento valiosísimo, aunque él ya lo había visto allá en Magnolia la primera vez que cantó—. Eso sí que le va, Cindy. Estoy seguro de ello —dijo conmovido, recordando la canción de Magnolia Menor—. Si estuviera aquí el vestido que llevaba cuando la vi allá en el Sur... —murmuró pensativo.

—Entonces, ¿le ha gustado de verdad?

—Usted siga ensayando este número—dijo, contestando a su pregunta y mirándola dulcemente—, y yo... yo voy a arreglarlo todo con la orquesta.

Salió del despacho ilusionado, aunque algo parecía enturbiar aquella felicidad. Era el recuerdo de su promesa. Frunció el entrecejo al ver a Myra que se dirigía a él.

—¿Cómo está la pequeña Eva? —le preguntó guasona.

Lloyd se puso de mal humor ante estas palabras. Naturalmente, desde ahora en adelante tendría que molestarle cuanto se opusiera al triunfo de Cindy, y Myra era la que más obstáculos ponía en su camino. A la pregunta irónica de Myra, Lloyd contestó rectificando:

—¿Quieres decir la señorita Be-thavy?

—Sí, por la que recorriste todo el Sur y no supiste quitártela de encima—contestó Myra rabiosa al ver la actitud de Lloyd defendiendo a su rival.

La furia de Myra era temible, y Lloyd lo sabía, porque era capaz de cualquier cosa, de un escándalo o algo por el estilo, sin reparar en el daño que podía ocasionar; mejor dicho, reparando en el daño y tratando, por ello, de hacer el mayor posible.. Lloyd lo sabía, como decimos,

y por eso cambió su actitud para Myra, volviéndola suplicante.

—Por favor, Myra, no empieces otra vez... Raiburn me engañó a mí.

—Más de uno está haciendo lo mismo por aquí.

—¿Pero tengo yo la culpa de que Raiburn la metiera en el tren?

—Tú no te enteraste de nada, ¿verdad?

—Myra, haz el favor de no ponerte en contra mía también. Estoy hecho un lío—le suplicó Lloyd, sin saber qué hacer—. Las cosas han...

—No me prometiste a mí ese papel?—volvió a insistir Myra, queriéndole obligar a cumplir su promesa.

—Sí, pero todo...

Realmente, Lloyd no sabía qué decir. Estaba en un verdadero lío porque, precisamente, era él mismo el que deseaba que cantara Cindy. La chica del Sur le había gustado, pero no se atrevía a confesárselo a Myra.

Myra se dió rápidamente cuenta de lo que sucedía en el alma de Lloyd, y entonces, con esa habilidad tan peculiar en las mujeres de su clase, cambió de táctica. Quería quemar el último cartucho, y para ello cambió su actitud arisca por la amenaza insinuante. Obraba así convencida de que Lloyd estaba enamorado de ella. Por eso dijo:

—Lloyd—le dijo, convencida y con un reto en la mirada—. Pienso hacer ese papel, aunque me tenga que casar con Rumson.

Toda esta conversación, que tenía lugar en una de las salas de la gran mansión, fué escuchada por Gwen, oculta tras una columna. Y no es que tuviese el propósito de espiarles; fué una de estas casualidades que tantas veces se presentan en la vida quien le ofreció la ocasión. Ocasión que le tentó, ¡es tan fácil esto en una mujer!, y le retuvo quietecita tras la columna más cercana. Si hubiese oído desde un principio la conversación de los dos jóvenes, nada habría sucedido; pero el demonio quiso que sólo escuchase parte de la charla para que sacara la conclusión de que Lloyd y Myra estaban de acuerdo en contra de su amiga Cindy.

Con esta impresión tan desagradable se dirigió al cuarto de Cindy con el decidido propósito de contar la verdad a su amiga para que no se expusiera al ridículo. Al entrar en su cuarto exclamó:

—¡Hola, Cindy!—la saludó nerviosa—. ¿A qué viene ponerte ese vestido?—preguntó, al ver que Cindy se había puesto uno muy vaporoso y todo de seda y lleno de encajes, que tenía aspecto de ser del pasado siglo.

—Es el traje de boda de mi tía, ¿no te gusta?

—Parece un chisme para cubrir el teléfono. ¿Es una idea de Lloyd para ponerte a tono?—dijo Gwen, que seguía pensando en la conversación que acababa de sorprender.

—Sí. ¡Estoy tan contenta, Gwen! Me va a dejar cantar este número. ¿Sabes que, después de todo, Lloyd no es tan malo?

—Eso es lo que temía—exclamó Gwen—. Cindy, estás completamente equivocada. Acabo de oír a tu príncipe encantador hablar en secreto con Myra Stanhope.

—¿Con Myra Stanhope?—preguntó extrañada Cindy, al recordar que Lloyd había salido de su cuarto poco antes para avisar a la orquesta.

—Sí, Stanhope. Te la están jugando, chiquilla. Le ha tenido ese papel reservado a ella todo el tiempo.

—Pero, Gwen... si estaba... ¡Tú estás equivocada!—le reprochó Cindy, incrédula, recordando el feliz momento que había pasado con Lloyd—. ¿Por qué, entonces, irse al Sur en busca de una estrella?

—Todo eso no ha sido más que publicidad. Para ellos tú no eres sino una niña ignorante recién salida del colegio—dijo Gwen con esa firmeza y seguridad de los que creen estar en posesión de la verdad.

Realmente, Gwen no obraba con mala intención respecto a su amiga Cindy, sino todo lo contrario, aun a pesar de que sus advertencias y confesiones perjudicaban a su amiga. Ella misma estaba disgustada al creer que Cindy era víctima de un juego infame.

Ante el gesto todavía incrédulo de Cindy, su amiga la cogió del brazo, diciéndole.

—Ven conmigo, Cindy. Veo que hay que convencerte. Vamos.

Se deslizaron sigilosamente por los pasillos, hasta llegar a la misma columna tras la cual Gwen había escuchado la conversación. Allí se ocultaron las dos amigas.

—Ahí los tienes — le susurró Gwen, y ante el gesto de amargura de su amiga, continuó—: La siento, Cindy. No te lo hubiera dicho... pero tampoco quería que siguieras haciendo el ridículo.

En aquel mismo momento, Myra acariciaba una mano de Lloyd, tratando de convencerle.

Movida por los celos, Cindy recogió toda su energía, y con la acti-

tud de quien ha tomado una inquebrantable determinación, subió a su cuarto con su amiga y le dijo:

—No te preocupes, que no voy a hacer el ridículo. ¿Tienes un traje de baño?

Gwen la miró extrañada sin llegar a comprender lo que quería hacer Cindy, ni para qué le pedía un traje de baño, cuando precisamente tenía que arreglarse para salir a cantar.

—Claro que sí... Pero, ¿no piensas salir a cantar?

—¿Cómo que no? — dijo Cindy con energía.

Cindy había formado un plan para dejar en ridículo a Lloyd, a quien creía odiar en ese momento.

—Hazme otro favor; déjame tu traje de baño y dile a Raiburn que voy a cantar el número que ensayé con él... Conque niña ignorante recién salida del colegio, ¿eh? ¡Ya le enseñaré yo quién soy!—continuó indignadísima Cindy, mientras su amiga había salido a por el traje que le pedía.

UNA PRESENTACION ORIGINAL

GWEN caminaba por el jardín en busca de Raiburn. Lo encontró entre un grupo de invitados, y llamándole aparte, le dijo:

—Cindy no quiere cantar esa canción cursi que le ha dicho Lloyd. Cantará la que ha ensayado contigo.

—Gracias, chiquilla — contestó Raiburn frotándose las manos, y dando un pequeño rodeo entre los invitados, se fué hacia la orquesta para ordenarles que preparasen la canción pedida por Cindy.

El jardín estaba magníficamente iluminado. Este detalle aumentaba su aspecto fastuoso. Los invitados esperaban impacientes la aparición de Cindy. Querían convencerse por

sí mismos de la maravillosa voz de esta ya famosa estrella del sur.

La voz de Lloyd se dejó oír por encima del murmullo de las conversaciones, y dijo:

—Señoras y caballeros: El señor Fisher me ruega haga yo la presentación de la señorita Cindy Lou. Había pensado el señor Fisher que la señorita Cindy Lou interpretase una escena ante ustedes, pero yo, personalmente, he creído que sería mejor oírla cantar. Yo sé, positivamente, lo bien que lo hace, pero, no obstante, les suplico una cosa: no esperen encontrar en la señorita Cindy Lou una estrella hecha—dijo ante una mirada retadora que le dirigió Myra—, pero sí tiene algo que rara vez se encuentra hoy día—afirmó.

mirando significativamente a Myra—. Tiene sencillez, dulzura, encanto e inocencia. Y creo, estoy seguro que les gustará.

Terminó de hablar y fué largamente ovacionado por los numerosos invitados, que ya ansiaban conocer los encantos tan ponderados de Cindy. Lloyd se dirigió al cuarto de Cindy para avisarla.

—Cindy, los invitados la esperan impacientes. Ha llegado su momento—dijo con alegría—. Pero... ¿qué le pasa? ¿Se ha vuelto muda?—interrogó, al ver que no contestaba.

—¿No lo sabía usted, señor Lloyd? Soy muda de nacimiento.

Así contestó Cindy a la pregunta de Lloyd. Fué seca en sus palabras y no se preocupó de ocultar nada del mal humor que tenía. La situación entre los dos jóvenes era difícil de aclarar. Cindy, ofendida justamente por lo que creía una mala jugada de Lloyd, ocultaba, quizá por amor propio, el motivo de su enfado y Lloyd, por su parte, con la seguridad del que no cree haber obrado mal, trataba de encontrar el motivo del enfado, y lo fundaba en un cambio de carácter por parte de Cindy. ¡Con lo fácil que hubiera sido aclarar el error de saber la verdad! Pero en el amor ocurren cosas raras; unas veces, aun por causas de verdadera importancia, no se llega

al enfado, y otras, en cambio, por insignificantes pequeñeces, se trunca la felicidad de dos almas.

Y en esta ocasión estaba a punto de ocurrir uno de estos casos. Pero faltaba el momento de sinceridad por parte de Lloyd, que aunque en su fuero interno sintiera una sincera inclinación hacia Cindy, no quería confesarse a sí mismo este sentimiento.

Cindy salió de la habitación, seguida de Lloyd, y se dirigió al jardín. Una vez en él, y en vista de que iba hacia la piscina y no hacia donde estaba la orquesta, Lloyd le advirtió, creyendo que equivocaba el camino.

—Cindy, la orquesta está allí. Por ahí se va a la piscina.

—Sé muy bien donde voy. No se preocupe, señor Lloyd... no le dejaré mal. Voy, precisamente, ahí arriba—dijo, señalando el trampolín—, y cantaré lo mejor que pueda.

Lloyd hizo ademán de detenerla, pero ya era tarde. Cindy, dirigiéndose a Raiburn, le llamó:

—Cuando quiera, maestro.

La orquesta rompió el silencio que había producido la aparición de Cindy. Esta estaba realmente hermosa con ese traje blanco tan vaporoso que ya le vimos en Magnolia Menor. La iluminación del jardín hacía realzar aun más su angelical

belleza. No era, pues, extraño, que ante su aparición todos permaneciesen mudos, tributando con el silencio la mayor admiración que podía hacérsele.

Cindy, en lo alto del trampolín, parecía una bella aparición silueteada por la luz de la luna. Su figura, blanca y exquisita, se recortaba en la profundidad del cielo. En contraste con el silencio que reinaba en esos momentos, la voz clara y limpia de Cindy se dejó oír con toda su potencia femenina. Había empezado su canción, ante el asombro de Lloyd y de todos los demás invitados, que no esperaban esta sorpresa tan original. Mas la admiración fué creciendo a medida que Cindy se despojaba de su vaporoso vestido de gasa, para quedar completamente en traje de baño. Coincidiendo con las últimas notas de su canción, Cindy, dando un salto de maravilloso e impecable estilo, se lanzó al agua. El ruido de su caída fué ahogado por la clamorosa ovación de los invitados, que aplaudían a un mismo tiempo dos genialidades, la de su incomparable voz y la de su genial presentación.

Raiburn se mostraba satisfechísimo por la audacia con que Cindy había llevado a cabo su travesura. Lloyd no salía de su asombro y no pudo, por tanto, contestar a la pre-

gunta que le hacía Rumson, impulsado, más que por la voz, por la fina y elegante figura de Cindy.

—¿Pero esto también entra en el número, Lloyd?

—Tiene talento esa chica —dijo Fisher, con acento de profunda convicción.

Mientras tanto, Rumson no cesaba de aplaudir, mientras quería acercarse hacia el lugar donde Cindy nadaba, con el propósito de salir de la piscina.

En su misma dirección iba Myra Stanhope, que tropezó con el millonario, al que sonrió con falsa cortesía, pues aunque iba ciega de envidia al encuentro de su rival, no olvidaba que Rumson era el alma financiera de aquellas organizaciones teatrales.

Cindy seguía nadando con impecable estilo, con lo que acabó de conquistarse las simpatías de los asistentes al ver que se trataba de una completa artista y que aunaba grandes dotes de deportista a sus conocimientos artísticos.

Formaron luego un grupo separado el millonario Rumson, que veía el gran negocio que tenía entre manos, y Fisher, envidioso éste del éxito alcanzado por la artista Cindy.

—¿Qué me dice usted, amigo Rumson, de este descubrimiento artístico?

B U S C A N D O F A M A

—Pues, sencillamente, que pienso hacer una magnífica temporada y será el éxito del año. ¿No le parece?

—Mientras el amor no lo estorbe...

—¿Lo cree usted?

—¡Quién sabe!

La fiesta continuaba en todo su esplendor, y las elegantes animaban la reunión con sus vistosísimos trajes.

SIEMPRE VENCE EL AMOR

LOS invitados aplaudían el bello número que Cindy eligió para presentarse ellos. Los elogios a su magnífica voz eran cada vez más numerosos y sinceros. Myra, que también había estado presente durante la canción de Cindy, no pudo contener su rabia por más tiempo, y acercándose a la piscina, en el preciso momento en que Cindy salía de ella entre ensordecedores aplausos, le dijo:

—Muy original, señorita Bethavy. Dígame, por favor, ¿a qué clase de familia del sur pertenece usted?

Esta pregunta de Myra estaba hecha con mala intención, pues Cindy, en el nerviosismo de su primera actuación en público, se olvidó, mientras cantaba, del acento del Sur.

—A la mejor —contestó Cindy, mientras se ponía el albornoz—. Mi bisabuela fué una Corington, mi tatarabuela, una Bethavy, y mi tata...

—Muchas tatas son...—le atajó Myra con desprecio—. Así se ha criado usted.

—Ahora sí que me encabrito —gritó Cindy, sin poderse contener.

Y tomando carrerilla, al igual que una cabra, le dió a Myra un empujón en el estómago que la hizo caer a la piscina, entre la carcajada unánime de todos los invitados. Myra gritaba y vociferaba para que la sacasen de allí. Su aspecto era lamentable. El traje de noche se ajustaba a su cuerpo, y el pelo, mojado y suelto, le caía sobre la cara.

Cindy se alejó de allí y fué en busca de su amiga Gwen, que había

presenciado toda la escena con gran estupor y asombro.

—Gracias a que todo esto ha terminado—dijo a Gwen—. Si me oyes hablar, desde ahora en adelante, con acento del sur, te doy permiso para que me des un azote.

—¡Oh, encanto!—exclamó Gwen entusiasmada—. Pero si este número ha sido estupendo... Serán idiotas si no te contratan.

—La única idiota soy yo. Me he puesto completamente en evidencia.

—Todo ha ido muy bien—aseguró Gwen—, hasta que te encabritaste. ¿De dónde has sacado eso?

—¡Yo qué sé! Formaba parte del acento. Desde luego, he dejado marchita la esencia de la mujer del Sur, pero por lo menos he aprendido una cosa.

—¿Qué cosa?

—A no perder la cabeza. Cuando esa Stanhope empezó a meterse con mi familia...

Los dirigentes de la revista interrumpieron con su presencia el diálogo de las dos amigas, y entonces, Cindy, dirigiéndose a ellos, dijo:

—Y usted ya lo sabe, señor Fisher, no se quede como si fuera de piedra. Todo ha sido fingido. Y usted, señor Lloyd—dijo dirigiéndose al aludido—, ya lo sabe también.

—Tampoco se da usted mala maña para fingir.

—Soñé con un imposible y me he despertado bruscamente—les explicó rápida—. Me perdonará por no haber usado el acento del Sur—le dijo a Lloyd, que no salía de su sorpresa—. Era un poco falso, como todo lo demás... Intenté por todos los medios meterme en la revista... En Nueva York... ni siquiera conseguí entrar en su despacho. Decidió usted recorrer el sur en busca de un acento y belleza local. Pues bien, yo también probé eso. Las mismas probabilidades tenía usted de encontrarlo... como yo de volverle a ver en mi vida.

Al terminar estas palabras, Cindy no pudo contenerse por más tiempo. Ocultó su cara entre las manos para que no la viesan llorar, y salió de allí corriendo. Creía haber perdido la fama que tanto ansiaba y... tal vez algo más...

—¿Has oído eso?—preguntó Fisher, considerándose engañado.

—Sí, lo oí—contestó Lloyd con profunda emoción.

—¡Vaya con la inocente muchachita!... Corista de Nueva York... Todo ha sido culpa tuya desde el principio. A ver cómo explico yo esto a la Prensa—comentó impaciente Fisher al ver el lío que se le venía encima.

—Un burro y yo, podemos consi-

derarnos primos hermanos — dijo Lloyd todo deprimido.

—Por supuesto, corroboró Rairburn.

—Todo el tiempo vociferando que no tenía experiencia teatral, y ha dado una de las representaciones más perfectas que he visto en mi vida.

—Ya sabes, yo... yo..., ¿qué dices?—preguntó Fisher, viendo en

las palabras de Lloyd un posible arreglo.

—Que tiene más talento en la punta de un dedo que tú y yo podemos tener en todos nuestros huesos.

—Entonces, ¿por qué no la llamas?

—Es tarde, Fisher, ya se marchó.
—le contestó Lloyd con dolor, al oír el ruido de un coche que salía del jardín.

BUSCANDO FAMA HALLO EL AMOR

CINDY, de vuelta a Magnolia, se dirigió inmediatamente a casa de sus tíos, buscando el hogar y el afecto de los suyos para mitigar la pena.

Al entrar al jardín, tío Jeff corrió hacia ella con alegría y al verla triste le preguntó preocupado:

—¿Qué pasó, pequeña? Ya sabes que nos lo puedes contar todo.

—Les he gustado mucho—trató de explicar Cindy a tío Jeff y a Lily Lou, que la miraba asustada—. Es que no tenía... bastante experiencia... siendo nueva... El teatro en Nueva York está demasiado lleno...

Pero se hacía un lío, sin querer decir la verdad.

Tía Lily Lou, comprensiva, la ayudó:

—Claro, claro; ocurre lo mismo en todas partes.

—Conocí a toda la gente importante, y esas amistades me serán muy útiles si algún día quiero volver allí.

—¿Quieres volver?—interrogó su tía.

—No... no lo sé... Soy muy feliz aquí contigo y con tío Jeff.

—Qué cariñosa se siente... Por cierto... ¿Qué tal te fué con ese señor Lloyd?

—Preferiría no hablar de eso nunca más — les suplicó enérgica Cindy, al oír el nombre de Lloyd.

—No te preocupes, cariño. Lo comprendemos...

Y como queriendo variar la conversación, tía Lily Lou prosiguió:

—¡Ah! ¿Nos vas a cantar uno de

tus números? Estamos deseando oírte. Siéntate—le dijo cariñosa—, y canta algo, que veamos cómo lo hacías.

Cindy intentó cantar, mas al abrir la boca recordó con dolor agudo y el corazón compungido lo que había dejado en Nueva York, y sin poderse contener más, se abrazó a su tía llorando.

—¡Pobrecita!—susurró Lily Lou, pareciendo comprender—. ¿Ves lo que has hecho?

—Pero si yo no he hecho nada —sollozó Cindy.

—Comprendo tus sentimientos, chiquilla. Lloras a tus anchas y te encontrarás mejor—le aconsejó tía Lily—. Vamos, Jeff, nosotros esperearemos que se desahogue dentro.

Cindy lloraba como una Magdalena, cuando, al levantar la cabeza, vió... ¡Pero, no! Aquello no podía ser realidad... Vió a Lloyd que, apoyado en el tronco de un árbol del jardín, la miraba sonriendo... Sí, desde luego, era él.

Fué corriendo hacia el salón de la casa, y gritó:

—¡Tía, tía!...

—¿Qué te pasa? —preguntó tía Lily Lou asombrada.

—¡Ese hombre está ahí fuera!... Que se vaya, por favor, que se vaya —le suplicó a su tía nerviosísima.

Tía Lily Lou se asomó y vió a Lloyd.

—Pero, ¿no le quieres ver?

—Después de lo que hizo, no le quiero volver a ver. Preferiría morirme.

—¿Qué es lo que te hizo?—indicó tía Lily.

—No me preguntes nada. Haced que se marche...

—¡Quítate de en medio!—gritó tía Lily Lou, presa de furor y cogiendo la célebre carabina.

Tío Jeff trató de calmarla, pero ella no atendía a razones.

—¡Jugando con nuestra Cindy!... Ya le enseñaré yo...

Y uniendo la acción a la palabra, disparó un tiro contra Lloyd, que, llevándose las manos al pecho, rodó al suelo, quedando inerte.

—¡Tía Lily! ¡Tía Lily! —gritó Cindy, horrorizada al ver lo que acababa de pasar.

—Bien. Lo acerté—exclamó ésta, furiosa.

—Sin duda—contestó tío Jeff.

—Le quiero ver... déjame pasar... —dijo Cindy, llena de tristeza y llorando.

—Pero, ¿no decías que no le querías ver más?—interrogó tía Lily Lou, alejándose con Jeff y dejando a Cindy junto al cuerpo desplomado de Lloyd.

—Salió bien—le dijo en voz baja

su marido, pues este supuesto asesinato había estado preparado de antemano por ellos.

Lloyd, que enterado por Gwen de la desilusión que había movido a Cindy a tomar aquella actitud en el jardín y partir para Magnolia, sintió brotar con fuerza el amor que ya desde tiempo guardaba en su pecho, y consiguió adelantarse a ella.

Cindy sollozaba junto a Lloyd, implorando:

—Lloyd, dime algo... una palabra siquiera...

—Bueno... Te quiero—dijo Lloyd incorporándose ante Cindy, asombrada, que al ver la farsa, quiso cambiar de actitud.

—¿Usted, yanqui sinvergüenza! —trató de engañarse a sí misma.

—Espera un momento, espera un momento, cariño... — le contó Lloyd—. Me costó todo el dinero que pude pedir prestado. Reunir, robar, matar, montar este número para ti, Cindy Lou—le dijo, cogiéndole las manos—. No comprendes?

¡Te quiero! — acabó con efusión Lloyd.

—Pero...—trató de objetar Cindy.

—Eso es todo...

Y se fueron hacia el jardín.

Allí se juraron plena y enteramente todo el inmenso amor que albergaban en sus corazones. Ahora podían ya confesárselo libremente sin temor a relegar su amor propio, puesto que las palabras de Lloyd eran la primera y fundamental piedra del edificio enorme y fantástico de la felicidad. Dos corazones que latían a un mismo impulso, pero que marchaban por caminos distintos y falsos se unieron ante una sola y sublime palabra.

El amor, con un sentido noble del egoísmo, había sabido, una vez más, ir apartando los obstáculos que pretendían oponerse a su absoluto reinado. La lucha había sido entre dos enemigos poderosos; la ambición de la fama y la felicidad del amor. Este último ha sabido apuntarse, una vez más, la victoria a su favor.

FIN

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gené Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detective y compañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Ilona	Paula Wessely
Posada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vare	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Ruhman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Las dos niñas de París	C. Barghon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insoportable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Crimen de medianoche	Ramón Pereda
Los dos pilletes	Jacques Tavori
Pygmalion	Leslie Howard
María Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. haces	Michael Redgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El signo de la Cruz	Elisa Landi
El asesino invisible	Walter Abel
El pequeño lord	Fred. Bartholome
Tarzán de las fieras	Buster Crabbe
Albergue nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Dolores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligeró	Melvyn Douglas	Antonio Vico	James Stewart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	María Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No, quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligeró
Martingala	Juan de Orduña
Rápteme usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu-	Celia Gámez
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Iai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lio?	Maruja Tomás
Alas de paz	Lois de Valois

BIBLIOTECA CINE NACIONAL SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los	
de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Teró
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espiño	Gracia de Triana

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ

EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a



Apartado 707

BARCELONA

NUESTRO TEATRO

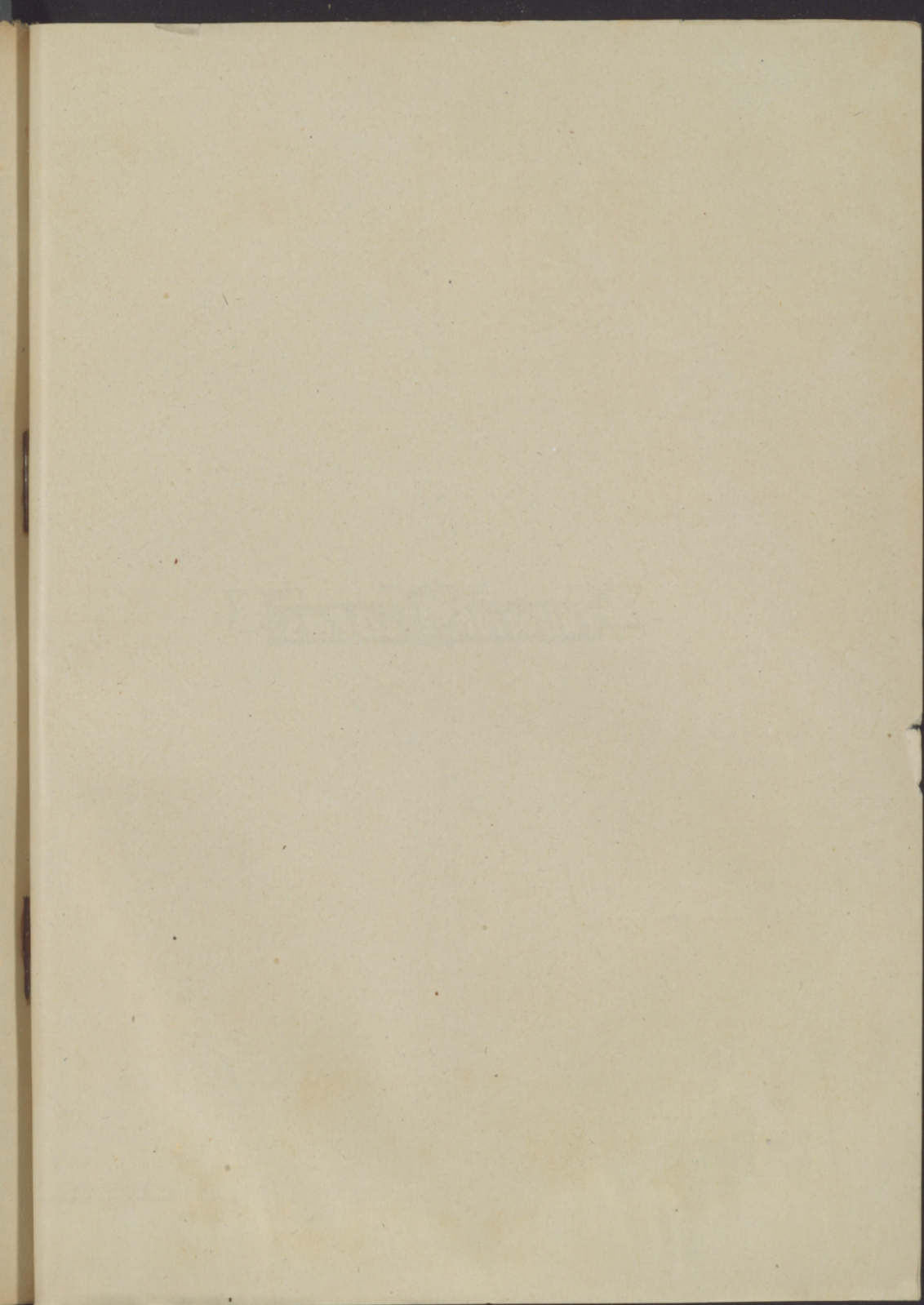
NUMEROS PUBLICADOS

Precio: 2 ptas.

LOS INTERESES CREADOS	J. Benavente
LA TABERNERA DEL PUERTO	F. Romero y G. Fernández Shaw
MARIA DE LA O	Rafael de León
LUISA FERNANDA	F. Romero y G. Fernández Shaw
ROMANCE DE LOLA MONTES	L. F. Ardavín
EL DIFUNTO ES UN VIVO	Prada e Iquino
LOS CLAVELES	Carreño y Sevilla
MORENA CLARA	Quintero y Guillén
LA DEL MANOJO DE ROSAS	Ramos de Castro y A. Carreño
LA MALQUERIDA	J. Benavente
SOL Y SOMBRA	Quintero y Guillén
MOLINOS DE VIENTO	L. Pascual Frutos
LA CANCION DEL OLVIDO	F. Romero y G. Fernández Shaw
LAS CALATRAYAS	F. Romero y J. Tellacch
LA DEL SOTO DEL PARRAL	Luis F. de Sevilla y A. Carreño
BOHEMIOS	G. Perrin y M. de Palacios
LA PRINCESA BLANCA NIEVES	C. A. Mantua y A. Estefanía
EL CANTAR DEL ARRIERO	S. Adame y A. Torrado

Pedidos a

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2.⁵⁰ Ptas.



IMPRESA COMERCIAL
VALENCIA, 854. - BARCELONA